AÑO XXIX — Nº 1451 -

EL DIA

- MONTEVIDEO, NOVIEMBRE 6 DE 1960

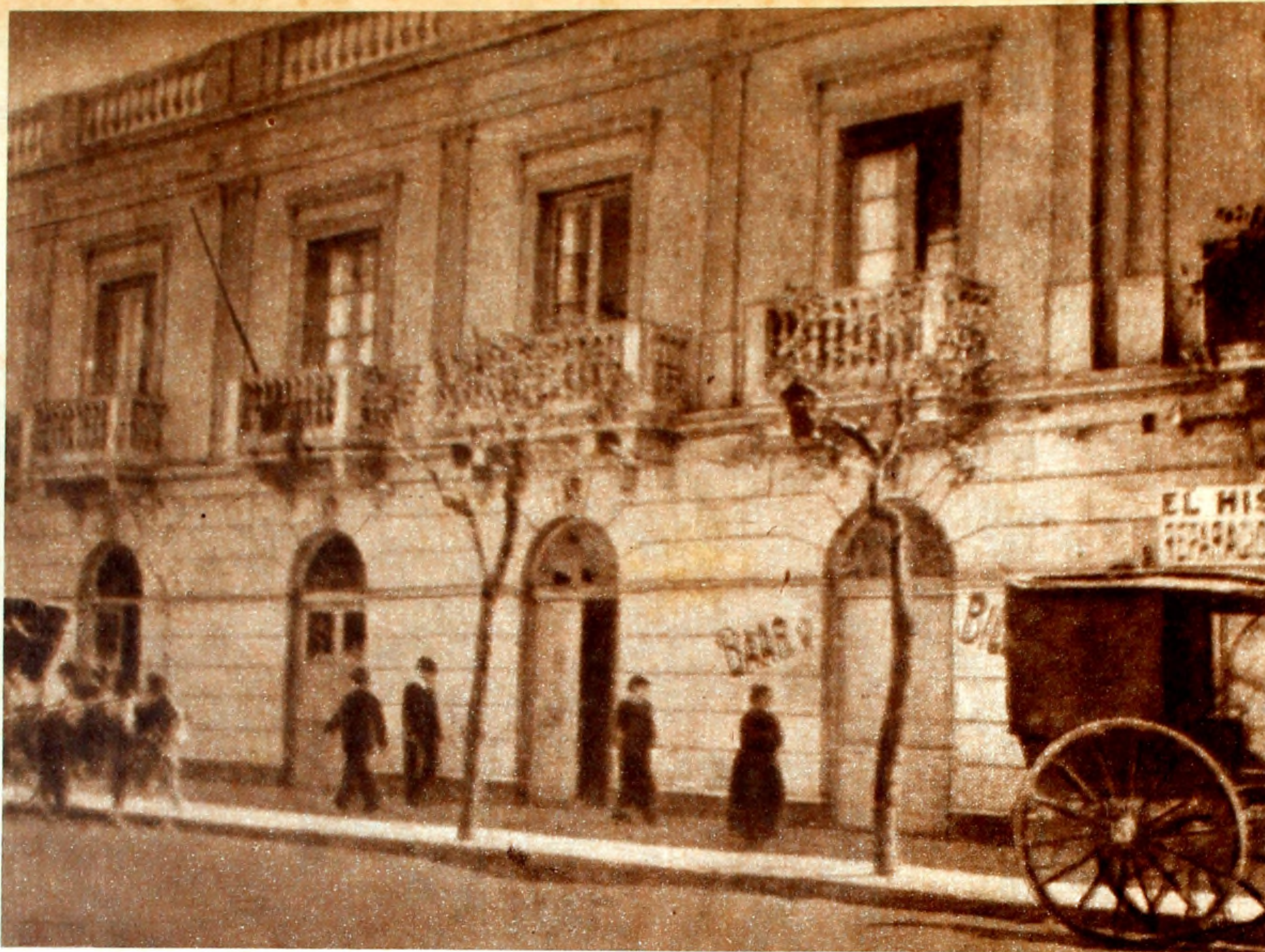
Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



EMOTIVO HOMENAJE A MARIA VITTORI

En la Escuela "Instrucciones del año XIII" se realizó el sábado 29 del pasado mes un homenaje popular a la maestra María Vittori, organizado por la Asociación de ex Alumnos, con la colaboración de numerosas corporaciones de Peñarol, e instituciones de enseñanza, descubriéndose una placa en bronce, obra del escultor Belloni, y pronunciándose brillantes discursos en los cuales se puso de relieve la extraordinaria personalidad de "la Srta. María". Ofrece la nota parcial de los grupos de escolares que concurrieron al acto.

(Foto de Eduardo González, de la Fotografía Juan Caruso).



Casa donde nació Florencio Sánchez, el día 17 de enero de 1875, en la calle Agraciada Nº 26, de la ciudad de Montevideo. (Actualmente Agraciada casi Galicia). (Foto de Nápoli).

RECORDANDO

NOSOTROS no conocimos a Florencio Sánchez. No pudimos conocerlo. Pertenecemos a otra generación. Florencio falleció en Milán en el año 1910 y nosotros nos iniciamos en el teatro nueve años después. Pero crecimos en las tablas —¿por qué no?— envejecimos en las tablas, junto a su recuerdo y a sus obras y con la amistad de quienes fueron sus fervorosos amigos, sus compañeros en el teatro y en la lucha por aquellos ideales de ayer y de hoy y de siempre, en procura de un estado social para todos más justo.

No deseamos hacer, a medio siglo de su muerte, un juicio crítico. Estudios profundos de los más prestigiosos especialistas en la materia, han consagrado ya en forma definitiva la obra dramática realizada por Sánchez en el brevísimo tiempo de siete años.

En estos días en que con tanta razón se viene recordando a Florencio, no tienen estas líneas otro pretexto que el de una evocación más, recuerdo de un trabajador del teatro hacia el primer proletario de la escena rioplatense, "proletario, proletario siempre" como lo calificara Rodolfo González Pacheco.

En nuestro último viaje a Europa, al alejarnos de París con destino a Milán, el crítico D. Julián Nogueira, me dijo: "La capital lombarda, que es centro de arte y de belleza para todo el mundo, tiene para la gente de teatro, además, un monumento vivo: el teatro Scala. Y para la gente de teatro rioplatense, la emoción del recuerdo de los últimos días de Florencio..."

Y tenía razón mi amigo Nogueira. Durante los muchos días que vivimos en Milán, el recuerdo de Florencio no nos abandonaba. El documentado relato que Julio Imbert hace de las últimas etapas de la vida de Sánchez en esta ciudad, refrescaba siempre nuestra memoria, dando rienda suelta a nuestra imaginación. Y así lo veíamos... Con su andar desgarbado por esas calles cargadas de recuerdo y de historia, solo entre la muchedumbre, buscando olvidar los quebrantos de su salud y de sus finanzas, con un montón de sueños y de proyectos...

Asistiendo a los espectáculos de Tina di Lorenzo en el teatro Marconi y a los de Ferruccio Garavaglia, en el "Fossati".

Aplaudiendo con entusiasmo la revelación de Sem Benelli con "La cena de las burlas", convertido, —de un golpe—, en el gran poeta dramaturgo de esa hora.

Escapando a Roma para cobrar la pensión de doscientos pesos mensuales que le había otorgado nuestro Gobierno y empeñándose en que el sol de Santa Margherita, en la costa de Liguria, le devolviera las energías que cada día iba perdiendo...

Tratando de olvidar frente a una botella de "Chianti" que Zacconi, que lo había aplaudido y había sido su amigo en Buenos Aires, ya no lo hubiera reconocido en Italia...

Festejando con otro vaso, la noticia de que Grasso, el gran trágico, se interesara por "Los muertos", percibiendo poco después un importante anticipo que le permitiera mandar a sus amigos de Buenos Aires una postal, desde Niza, con estas palabras: "Hola, muchachos. ¿Cómo les va? Yo, muy de las palmeras".

Cuando pasábamos diariamente por la clásica Galleria del Duomo, no podíamos dejar de imaginar a Florencio en su "peña", con su gran amigo rosarino D. Santiago Devic, que estudiaba canto en Milán.

Y a este recuerdo se asociaba otro. El inesperado encontronazo en plena Galleria, de Florencio y José Batlle y Ordoñez, tan minuciosamente relatado por Imbert en su importante libro. Sánchez, que en sus años juveniles había militado junto a Aparicio Saravia en Tres Arboles y otros frentes, con sus famosas "Cartas de un flojo", procesó las revoluciones y el caudillismo. Después —desengañado de la política tradicional— se incorporó al grupo del Centro Internacional donde, con frases incendiarias, reclamaban un mundo mejor las voces de Armando Vasseur, Ovidio Fernández Ríos, Angel Falco, Edmundo Bianchi y otros prestigiosos intelectuales. El encuentro de Batlle y Florencio fue el de dos titanes. Y, según dice Ipuche, se metieron en un café y no se separaron durante quince días. Y se explica, ya que muchos de los derechos de reivindicación social de la política sustentada por el estadista eran los mismos que Florencio defendía en su teatro. Periodistas los dos, pensando ambos en su pueblo, fácil resultaba la coincidencia. Y cuando Batlle, siguiendo su viaje, se alejó de Milán, recordemos que Florencio escribió a su tío, otra vez lleno de ilusión, una carta en la que, entre otras cosas decía:

"No será difícil que una vez que estrene aquí, regrese a Montevideo. Batlle,



Fotografía de Florencio junto a sus hermanos menores Alberto, Ubaldo y Carlos María, en la época en que, casi un niño, empezó a escribir sus primeros artículos periodísticos en "La Voz del Pueblo", de Minas. (Foto de Nápoli).



Frente del hospital "Fate bene fratelli", de la ciudad de Milán donde murió Florencio Sánchez, en el amanecer del 7 de noviembre de 1910, a la edad de 35 años. (Foto de Nápoli).

A FLORENCIO SANCHEZ EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE

14 –
Como tanta gente que anda por ahí... ¡y mirá! ¡Hombre sin carácter es un muerto que camina...
Ricardo – Franca filosofía...
Hombre sin moneda querrás decir!...
Lisancho – Yo soy muy bueno pero no tengo carácter y me muero, vos sos mi ... y como tenés carácter vivís.
Los bellacos no se emborrachan nunca; ¿has visto? y viven.
Luis. Pero hay mucha gente buena que tampoco se emborracha.
Lisancho – Mueren de otra cosa... Los buenos no tienen carácter... Si nos

Carilla número 14 del original de "Los Muertos", de Florencio Sánchez. Escena del segundo acto, escrita al dorso de un formulario del Telégrafo de la Nación Argentina

con quien he pasado aquí quince días en continuo contacto, me ha dicho que me necesita y que debo marcharme con él cuando inicie su gobierno. El hombre ha tomado un buen camote conmigo y en cuanto a mí, me siento realmente entusiasmado. Creo que hará una gran presidencia". Cuando Batlle volvió a ejercer la más alta magistratura, fue creada la Orquesta Sinfónica Nacional y con la Escuela Dramática, el primer intento de teatro estable en el país. No es difícil suponer entonces que, en esas mesas de café de Milán, Batlle y Florencio hubieran hablado mucho de todo eso...

Nuestras peregrinaciones sentimentales por Milán nos acercaron un atardecer hasta el Hospital de "Fate bene fratelli". Lo visitamos. Caminamos por sus patios y corredores recientemente restaurados de los destrozos causados por los bombardeos de la última guerra. Revivieron en nuestros recuerdos sus dramáticas andanzas por hoteles y calles antes de ingresar a esa casa de salud... El derrumbe total de sus energías y la angustia con que ansiaba engañarse ante el final de ese drama tan suyo. Sin poder localizarla, quisimos imaginar la habitación del primer piso en que Sánchez fue hospitalizado, la ventana que le dejaba gozar en sus últimas horas de un pedacito de ese cielo de Italia tan azul... Recordamos sus palabras pidiéndole a un amigo: "Escribile a mis padres y a Catita diciéndoles que estoy algo enfermo y que volveré..." Recordamos la firmeza de sus creencias filosóficas al resistirse a recibir los oficios religiosos, diciéndole a la hermana de Caridad que solícitamente lo atendía: "Sólo deseo que se respeten mis creencias". Sabía que iba a morir, pero no lo deseaba. Y sus amigos, sus pocos y fieles amigos, oyeron estremecidos en aquel amanecer invernal del 7 de noviembre de 1910 sus últimas palabras: "¿Quién dijo miedo?"

Cuando salimos del hospital milanés, como en una película cinematográfica, pasaron por nuestra mente, mil recuerdos de horas gloriosas del teatro del gran dramaturgo, de muchos de los cuales fuimos testigos. De la devoción de su pueblo y de los pueblos de América por sus obras. De su perduración y de su significación en la literatura dramática del continente. El tiempo es inexorable en sus juicios y Sánchez, que fue castigado con violentas e injustas críticas, calumniado en su vida, se yergue hoy en toda su grandeza.

Desde hace cuarenta años, venimos oyendo con la sinrazón de siempre o la mala intencionada razón de siempre: "Sánchez no interesa... Su teatro ya pasó". Nosotros podemos decir y la experiencia nos lo ha demostrado, que cuando Sánchez es interpretado con amor y con cuidado, el pueblo está en el teatro. Nuestra Comedia Nacional ha visto centenares de veces al público de pie, aplaudir a los intérpretes de "En familia", "Barranca abajo", "La gringa" y otras. Lo hemos comprobado en la Argentina y en Chile. El fervor por su teatro sigue invariable. Sus personajes han pasado a incorporarse a la galería de las creaciones perdurables: Lisandro, Canillita, Don Zoilo...

¿Y quién le hubiera dicho a Florencio —siempre rebelde e inconformista— que un día iba a tener, en el hall del teatro Solís, su busto en mármol...? En ese mismo hall que, en una noche de 1908, atravesara flanqueado por dos policías por haber gritado, desde un palco, su justa protesta ante su dignidad de dramaturgo agraviada.

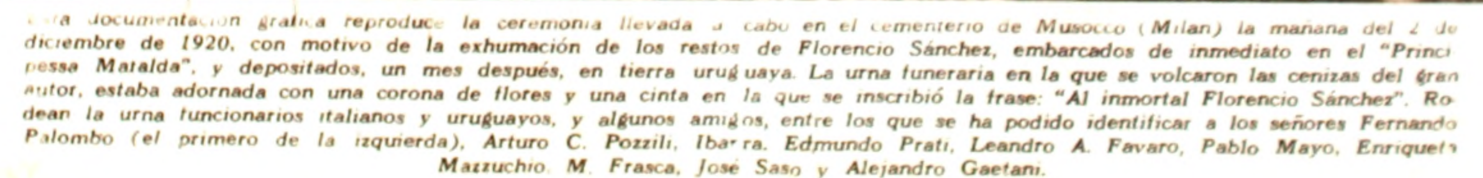
Evidentemente, la justicia la hace el tiempo. Aunque, muchas veces, un poco tarde...

Angel CUROTTO

(Especial para EL DIA)



Frente del Teatro Comedia de Buenos Aires, donde la noche del 13 de agosto de 1903, la compañía de Gerónimo Podestá dirigida por Exequiel Soria, con el estreno de "M'hijo el dotor", se produce la revelación de Florencio Sánchez. La apertura de la Avenida 9 de Julio determinó la demolición del viejo teatro, escenario de grandes recuerdos del teatro nacional rioplatense.



Esta documentación gráfica reproduce la ceremonia llevada a cabo en el cementerio de Musocco (Milán) la mañana del 2 de diciembre de 1920, con motivo de la exhumación de los restos de Florencio Sánchez, embarcados de inmediato en el "Principessa Mafalda", y depositados, un mes después, en tierra uruguaya. La urna funeraria en la que se volcaron las cenizas del gran autor, estaba adornada con una corona de flores y una cinta en la que se inscribió la frase: "Al inmortal Florencio Sánchez". Rodean la urna funcionarios italianos y uruguayos, y algunos amigos, entre los que se ha podido identificar a los señores Fernando Palombo (el primero de la izquierda), Arturo C. Pozzili, Ibarra, Edmundo Prati, Leandro A. Favaro, Pablo Mayo, Enriqueta Mazzuchio, M. Frasca, José Saso y Alejandro Gaetani.

CRI... CRICRI... CRIII...



ERA un gaucho grandote, de hombros anchos y piernas robustas como postes de ñandubay. Vestía con descuido y su aspecto inquietante impresionaba a las gentes. Se llamaba Deolindo Gómez, pero en el pago lo conocían por el apodo de "Chirlo", porque en un duelo que él mismo se buscó, el adversario, chiquito, huesudo y ágil como una comadreja, lo tajeó en una mejilla, dejándole un firulete lívido que le iba desde el párpado hasta la barbilla, ofensa cutánea que no se podía ocultar con nada y que le prestaba al semblante expresiones siniestras.

Desde pequeño Deolindo anduvo en malos pasos. En la escuela, donde fue obligado por los zurriagazos dados sin compasión por su progenitor, enérgico tropero que no entendía razones y a quien hiciéronle creer que el vástago podía recibirse de escribano, la maestra, doña Clara y que era la mujer del teniente alcalde, debió emplear máximas energías enviándolo de plantón detrás del pizarrón. Si el invierno era particularmente riguroso, lo mandaba debajo del ombú, frondosa techumbre verde que ocupaba gran parte del patio del fondo. La inexorabilidad de tales procedimientos no lograron desarraigar del alma del muchacho las malas tendencias ni menos auspiciosos aprendizajes. Porque Deolindo entendió que había nacido para matrero.

Cuando don Pantaleón murió, mordido por una "crucera", doña Clodomira, viuda de muchos afanes, lo colocó en el boliche de don Fabián para que hiciera los mandados y atendiera a los clientes a la hora de la siesta. Huraño, descomedido, refunfuñando siempre, no tardó en sostener erios altercados y por eso don Fabián lo despidió. Deolindo ganó el monte cercano, huyéndole a la lonja de aquel rebenque que la madre tenía colgado de un clavo en la cocina —imponente instrumento de castigo que la sufrida señora manejaba con particular pericia— y esa noche, temblando de frío y asustadísimo, se dijo:

—Me quedan dos caminos: le pido al doctor González que me consiga plaza de milico o me hago contrabandista... —Triunfó la influencia montaraz y al amanecer, anticipándose en mucho a la salida del sol, corrió a ofrecerse a don Celedonio Umpiérrez, célebre transgresor de fronteras, que tenía sesenta años y al que las lenguas atribuían "malas acciones" en el 1904.

—Güeno —le dijo— lo tomo... Sírvase esta carabina pa que aprienda a defender los "cargamentos" —Y agregó que le pagaría dos pesos "por viaje". Recibióse Deolindo de aquella arma —un armatoste guerrero de temible aspecto— prometiendo formalmente "menearle cartucho" a cuanto uniforme le saliera al paso.

Así inició el futuro matrero la vida trashumante, que mucho se le parecía a la del indio aborigen, haciéndole costado a la fila de matungos que se bamboleaban obedientemente agobiados bajo el peso de enormes bultos. De noche y en el verano churrasqueaban a la luz de la luna y en invierno comían "fiambres", temerosos de armar fogón porque la milicada vigilaba sin cesar. De día dormían en los sitios que indicaba don Celedonio, que iba al frente como los generales de otros tiempos, y que desmontaba con las agilidades de un muchacho gritando siempre lo mismo:

—¡Echen pie a tierraaa!... —Era una existencia nómada, en tránsito por soledades inmensas punteadas de flechilla, cobijándose bajo intrincables marañas montunas o vadeando peligrosísimos cursos acuáticos agarrados de la cerdosa cola de las monturas echadas por delante, que pataleaban, bufando el susto, agachando las orejas y levantando los anhelantes hocicos. .

Deolindo veía venir el invierno y empezaba a temblar, acobardado por las heladas tremendas que empolvoreaban los campos de escarcha blanquísima como el azúcar y de cuyo rigorismo no había poncho que lo protegiera.

Le agradaban los meses de febrero y marzo porque podía bañarse en algún remanso quieto, como un enorme espejo o amarguear a la orilla de algún arroyito que discurría cantando suave por entre las piedras llevándose mojarritas chiquitas como alfileres.

Soportó ocho años aquella vida. Una tardecita se dijo:

—Esto me está resultando más bobo que milonga tocada a flauta... —Miró despreciativamente la carabina que no había disparado un solo tiro, porque don Celedonio le hurtaba el cuerpo a la autoridad por más lejos que estuviera y sin más abandonó la caravana, resolviendo dedicarse al "trabajo" por su cuenta.

Al punto los periódicos departamentales pudieron escribir sobre los "sucedidos" protagonizados por Deolindo, en los que menudeaban las descargas de fusilería y en las que nadie caía herido o muerto. Lo más que podía decirse era eso del abandono de "la carga" y en cierta ocasión hallaron un malacara baleado y que alguien dijo pertenecer a don Arturo Echegaray, que tenía estancia lindera con la línea, "productor" de todos conocido y que en seguida mandó un desmentido en términos enérgicos.

La policía y los destacamentos del ejército empezaron a moverse "con más entusiasmo" y Deolindo, que conocía algunos "sitios tranquilos", acampaba y mientras le cebaban mate, leía los periódicos, murmurando por debajo del renegrido bigote:

—Se mi hase que los asuntos se van formalisando... —Y reía suavemente con una tosecita de cuzco mimoso. Los "laderos", conocidos por mal entrazados "bayanos" y que era una mentira enorme porque se sabían honrados orientales, lo miraban con las pupilas de brasa muy abiertas, asombrados de la audacia y el "yeito" de aquel hombre que no tenía miedo a nada ni a nadie. Más de uno tenía "a la china", y dos de ellos gurisitos que mandaban a la escuela. Entonces reclamaban "seriedad" en el negocio, pero Deolindo se encogía de hombros y respondía por el canuto de la bombilla:

—No li hase, aparseros... —Y tendía la galleta, quedándose mirando el ramaje con bucólica fijeza, pensando en su ex patrón sin enternecimiento, a quien una descarga cerrada borró de la competencia.

Las andanzas de Deolindo preocuparon al Ministro pero no al pago, porque las gentes decían que el mozo tenía una suerte de todos los diablos y siete vidas como los gatos. Aburrido de todo esto resolvió "retirarse a cuarteles de invierno" —como le gustaba decir— entregándole a manos más necesitadas el productivo negocio. Hombre pronto en resoluciones, así lo hizo al punto levantando un ranchito junto al arroyo, al lado de unos álamos y a pocas cuadras de la pulpería de don Severo Cubas —a quien todos tenían por oriental pero que no era cierto— "iba" para los ochenta años, había "carcheado" en 1904 y rengueaba porque lo mordió una "cascabel" y la herida no cicatrizaba nunca.

Cobró Deolindo la costumbre de irse a la pulpería en cuanto se ponía el sol. Daba las buenas noches y solicitaba:

—Una cañita... de las chicas, Ño Severo. —Se recostaba contra las tablas y miraba fijamente a los presentes. La mayoría lo conocían, saludándolo; pero los forasteros no le hacían caso y entonces "Chirlo" no tardaba en enojarse armando trifulca, porque entendía que nadie podía alejarse de allí ignorante de su bravura. El desorden era enorme y don Severo se veía obligado a llamar al comisario. Concurría don Núñez corriendo y muy enojado "porque lo habían sacado de la mesa". Entraba resueltamente y miraba a todo el mundo con disgusto, preguntando siempre:

—Quiero que me digan qué pasa aquí... —Agregando: — Y usté, don Gómez, siempre comprometiendo a los hombres, ¿no?... —Deolindo, haciéndose sujetar por manos apaciguadoras, se reía desfigurando malamente el zig zag facial y aconsejaba:

—Vea, don Núñez, hagamé el servisio de mandarse a mudar pa las casas... Aqui tuito está en regla...

El comisario amenazaba:

—¡Oh!... también... —Y se marchaba refunfuñando entre dientes cosas que nadie entendía.

—Ya lo van viendo: aquí no hay más perro que "Chocolate" —corroboraba Deolindo sacándose las manos de encima con brusco empujón, agregando: — Y el que no lo quiera creer... que vaiga saliendo... —Nadie "salía" y todo se "normalizaba", aprovechando don Severo la calma para encender el farol a mantilla.

Una tardecita allegóse Próspero Páez, a quien llamaban "Maqueque", que era negro y tenía un carrito para hacer changas desde la estación de ferrocarril al poblado y largó la gran noticia:

—Se jubila don Núñez y nuembran otro comesario...

Deolindo no lo creyó:

—Y aunque juera sierto Udes. bien saben que soy muy capás de meterme al remplaso en el sinto lo mesmo que esta fadiñega... —Después le dijo a don Severo que los grandes peligros para hombres de pelo en pecho como él lo era, estaban en "las polleras y las copas":

—A mí naides mi hase bandear... —concluyó rayando los aires con un ademán terminante. Todos le creyeron: ¡años y años resistiéndole a la tentación de aquellos "bocoyes" repletos de caña!...

Apenas transcurridas dos semanas se conmovió el pago con la llegada del nuevo comisario, don Apolinario Fuentes. En seguida diéronse en llamarlo respetuosamente don Fuentes, porque era comedido en el trato, todo lo pedía de favor, incluyendo a quienes debía llevar detenidos, sonreía siempre, arqueando las medias lunas de un bigotito muy recortado que eran dos pinceladas rubias sobre el labio y que además expresó que "no tenía partido".

—He venido —dijo— para garantizar el orden.

El pago se felicitó de la designación y la nueva maestra, la señorita Angélica Torres, de cabellera renegrida, uñas pintadas, labios muy rojos y que se marchaba todos los sábados para Montevideo en el último tren de la tarde, le envió un ramo de claveles con una tarjeta de presentación impresa, gentileza que dio mucho que hablar a las comadres.

"Chirlo" lo vio pasar y en seguida se rio porque el hombre iba sin el sable y de canana vacía:

—No me gusta don Apolinario —murmuró al punto y bien fuerte por si había un sordo entre los presentes. Agregó que le causaban mucha gracia los lentes: dos platitos de vidrio atornillados por un extremo a la armazón de plata.

—Se parese a un escribano... No sé, pero si hase que la vamo a tener...

Se miraron todos significativamente, porque aquellas palabras no anunciaban nada bueno. Por esos días andaba Deolindo muy disgustado, porque el comisario sorprendió "un viaje" en la "Picada Brava". Enfocó con una linterna a hombres y bestias, ordenando:

—Pónganse aquí... Dejen las carabinas allá... Bueno, vengan, señores, pues vamos a la comisaría...

Sin pensarlo encontráronse "en las guascas" y a la mañana siguiente muy mansitos unos carpieron el patio que estaba a la miseria porque los soldados "no tenían tiempo para esas cosas" y don Ciriaco tuvo que cebarle mate a don Apolinario que escribía tranquilamente en la oficina, un local con ventana abierta al camino real, dos sillas y el retrato del Padre Artigas clavado en la pared con una tachuela. Dado a todos los diablos, Deolindo fue en seguida a la pulpería y dijo:

—El "cargamento" me importa un pito. Lo que no tiene desperdisio es la tranquilidá de "mi gente"... una manga de ovejas que... Güeno, pa que vean que no me asustan bultos ni sombras que se menean, yo mesmo viá custodiar el prósimo "viaje": lo quiero ver a don Juentes en el "Paso de las Tres Marías".

Dejó flotando la amenaza en el aire como un feo murciélago y se marchó rectamente el rancho poniéndose al punto a "revisar el güinchester" —una joya de repetición digna de contienda europea— mascullando:

—¡Te viá dar, mocoso uniformao!...

Supo el vecindario del sórdido duelo y muchas señoras se hicieron cruces. Poquísimos, casi nadie, apreciaba al "Chirlo", pero la mayoría empezaba a querer a don Fuentes, porque era el secretario de la comisión pro escuela y había donado la soldada mensual para la colecta efectuada para festejar el 25 de agosto, día en que se harían reventar bombas de estruendo, como

PINTURAS DE JOSE PUIGDENGOLAS

SON pocos los cuadros que nos llegan del exterior, como para formar una muestra que concite el desarrollo de la personalidad de un pintor. Está en la Galería Moretti actualmente, una exposición de un destacado pintor catalán. Se trata de José Puigdengolas, al que podría exigírsele —según la opinión de José Prados López de Madrid— uno de los primeros puestos entre los paisajistas de España. Dice entre otras cosas, este crítico que hace el prólogo al artista, que "Puigdengolas es un pintor catalán que nada tiene que ver con el amaneramiento de otros artistas de Cataluña, y que la carrera vertical de éste en el Paisaje, le ha dado la categoría que ya apuntó desde el principio." Este juicio se ve confirmado por la obra que en número de 23 cuadros marginan la 'actual muestra. Es Puigdengolas un pintor que ante todo se ve obsesionado por la luz y las grandes perspectivas en el paisaje, que lleva a cabo en dimensiones grandes y en planos sucesivos.

Su concepto naturalista es, sin cortapisas, objetivo, franco, leal consigo mismo, y despojado de todo lo que no sea su admiración por la belleza de la naturaleza. Sin embargo, esto que hoy en día se prestaría para limar su valor, encuentra en la solvencia y fuerza de conocimientos técnicos, una defensa que le sostiene en su desarrollo amplio y seguro, de un cromatismo de largo registro en la paleta, para lograr las captaciones atmosféricas que la distancia y la perspectiva aérea le reclaman. En su luminosa riqueza de color, Puigdengolas nos recuerda la escuela que dejara Sorolla, y que este catalán sin emularla, logra por fuerza de las circunstancias y de la naturaleza del paisaje, hacer suya en parte. Si bien el paisaje es el primordial encuentro con su sensibilidad, y a él se entrega con más asidua fecundidad, la figura alterna también en su registro, y la que presenta como ejemplo, "Mujer española", nos revela el carácter de su talento y la rica ejecución flúida y variada en el empaste.

Este tipo de cuadro, muy limitado, sobre todo por el efecto del contraste en la luz y sombra, se despega con firmes propósitos propios, que llegan al público fácilmente cuando el que los trata es un pintor de oficio pero también con sensible recepción al tacto de la materia rica y sutil, así como a la serie de recursos en los que pone algo más que una simple copia de la realidad.

Colorista, como casi todos los españoles, vigoroso en el hacer, Puigdengolas trae en este momento a nuestro país, un retazo de bellos paisajes de Mallorca, de la Costa Brava, de Barcelona, de Cerdeña y de tantos otros motivos que reviven con su eco poético la serena visión de la belleza.

E. VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



Vista de Barcelona.

Luz balear



Costa Brava en Mallorca.



---

bien claro lo especificaba el programa: "Al rayar el alba se saludará con disparos de 21 bombas"... Las paisanitas casaderas se lamentaron porque don Apolinario era soltero y tenía treinta y cinco años:

—¡Miren si "me" lo matan al pobrecito!...

Pero el trágico Paso estaba inexplicablemente desguarnecido y Deolindo trasegó el contrabando con toda felicidad haciéndolo apilar en un galpón que tenía para los eventos:

—Por lo que pueda tronar —explicó a los hombres y después de alisarse las greñas se fue a la pulpería, exigiendo—: Una cañita... grande...

Y como los presentes no le hicieron caso, dijo:

—Por ahi anduvieron disiendo que naide atravesaba el "Paso de las Tres Marías"... Güeno, no si mi hagan los desentendidos... Güeno, aquí me tienen, fresquito... y bien forrao... Así son las cosas...

En ese instante atravesó la puerta ancha y petisa don Apolinario Fuentes y se quedó encandilado, porque la mantilla del farol despedía una luz vivísima:

—Buenas noches —saludó y se fue a recostar de codos contra el estaño del mostrador. Don Severo refistoleó en los estantes.

—Lo de siempre, don Apolinario, ¿no?...

El comisario cabeceó afirmativamente y "Chirlo" pensó en seguida que don Cubas servía agua hervida, porque el contenido de la botella hizo unas burbujas. Los contertulios suspendieron el truco, poniendo las cartas sobre los porotos y el negro "Maqueque", que estaba escarranchado sobre una bolsa de papas, bostezó muy largo:

—¡Ta güeno!... —murmuró.

El grillo que estaba debajo de la barrica de yerba hizo: "¡Cri... cri!... Entonces don Severo, que se preciaba de ser hombre sociable, presentó a los dos hombres. "Chirlo" ladeó el rostro para que no se fijaran en la afrentosa cicatriz y sonrió "como un gato agachado contra la garúa", se dijo al punto don Tiburcio que los observaba y que era jubilado del Correo. El comisario hizo bailar los espejuelos. Entonces Deolindo le tendió la mano grande, de dedos gordos y uñas chatas y don Apolinario la suya de dedos afilados y muy cuidados, como los de la Srta. Angélica.

"¡Cri... cri... cri...!", cantó el grillo, vacilante. Entonces el negro "Maqueque" dijo:

—Me como un chancho con plumas y todo si ese bicho no está debajo de aqueya bolsa e gayetas...

Alguien se rió y de pronto don Apolinario dijo:

—Bueno, mi amigo, quiero pedirle que me acompañe a la oficina, porque tengo que hablar con Ud. de cosas de rutina...

Deolindo se removió sonriendo y don Segundo, que era peón de Obras Públicas, dijo después que le pareció que el hombre "estaba casi contento".

—¡Señores! —exclamó pasándose la mano abierta por el cinto—. ¡Me llevo al comesario!...

"Maqueque", que era negro aunque nadie lo hubiera creído, porque estaba de color ceniza, observó:

—Ese bicho...

—Buenas noches, amigo... —se despidió el comisario y salió seguido del "Chirlo".

Al sargento Sosa lo sacaron del sueño los nerviosos manotazos de "la Emeteria" —su mujer— que estaba levantada desde la madrugada:

—¡Despertate, por favor te lo pido!... Ahi juera está el Lorenso que dise que don "Chirlo" ta en las guascas... ¿Me oyiste?...

Sosa dijo en seguida que no podía ser y agregó que las mujeres no servían para nada. Por todo lo cual corrió al patio, desató el cabestro que sujetaba al bayo para que "pastara a gusto", montó de industria gritando con gran alboroto de gallinas:

—Teneme pronto el amargo. Vengo en seguida... —Y se alejó al galope. "Vamos a ver cómo son las cosas", pensó intrigadísimo.

—Venga —le indicó el milico, don Onofre, que estaba "para jubilarse"—. ¿Qué me cuenta?...

El sargento se empinó para observar por el hueco de la puerta que tenía una rejita "de adorno".

—¡Mirá... mirá!... —exclamó.

Efectivamente, allí estaba don "Chirlo" tirado a todo lo largo sobre le catre. Tenía el chambergo sobre el pecho y una sonrisita feliz en el rostro dormido, como si gozara de aquel descanso que le permitía desquitarse de las innumerables noches pasadas en blanco...

*

A Deolindo "lo pasaron a Montevideo" y como a las gentes les pareció que esto era el fin del mundo, pronto lo olvidaron, no así don Severo, aunque "Chirlo" no le quedara debiendo. El pulpero estaba intrigadísimo y una noche aprovechó la presencia de don Apolinario para preguntarle:

—A ver, diga, don Fuentes: ¿cómo hizo con Deolindo?...

Eran las once y el hueco de la puerta se iluminaba con fugacidades de relámpago. El comisario empezó diciendo que estaba muy cansado. Después dijo que ¡por fin! había recibido las listas de los miembros de mesa para la elección. En seguida dio cuenta que en el pago sólo existían dos personas que no sabían leer ni escribir.

—Cité a don Eleuterio; tiene que mandar los hijos a la escuela —precisó, y a don Severo le pareció que don Apolinario se enojaba—. El Padre Artigas fue bien clarito, cuando dijo: "Sean los orientales tan ilustrados como valientes".

Y que no le fuera con los trabajos del horno de ladrillos. Además —se acordó— el negro "Maqueque" debía sacar patente para el carrito y el gallego Alfonso no podía —por ley— echar los matungos de la jardinera a las calles del pueblo.

—Leí en el diario "La Verdad" que van a poner luz... —notificó.

—¡Güeno... güeno!... —se impacientó don Severo, porque le dolía —"no sabía por qué"— la "picadura de la cascabel".

—¡Ah! —exclamó don Fuentes recordándose de la pregunta—. Ud. me habló de ese mozo Deolindo... ¿no?... ¡Pero si resultó muy fácil... "Güeno —decía— eche otra... Basta. Es la última"... Y... yo... servía, nomás...

El comisario se despidió y salió a la noche alumbrada por livideces vivísimas.

—Ta güeno... —murmuró don Cubas pensativo.

Después fue y cerró la hoja de la puerta atrancándola con un palo que le servía de metro para las ventas a plazo, bloqueando los hálitos bramadores del ciclón que se venía. Luego descolgó el farol, le aflojó una tuerquita que hizo "fuiiii" y el local quedó a oscuras.

El trueno rodó por la inmensidad tropezando con sonoridades de aquelarre, pero el grillo que estaba debajo de la barrica de yerba no le hizo caso y se puso a cantar:

—¡Cri... cricri... criiii!...

En seguida empezó a llover.

Guzmán G. MARICHAL

(Especial para EL DIA)



Perspectiva aérea de una importante zona de San Juan, que abarca los más modernos hoteles.



Frente al lujoso hotel Caribe Hilton, de moderno estilo, el contraste del histórico Fuerte de San Gerónimo.

CRONICAS ANDARIEGAS

HABIA UNA VEZ UNA ISLA...

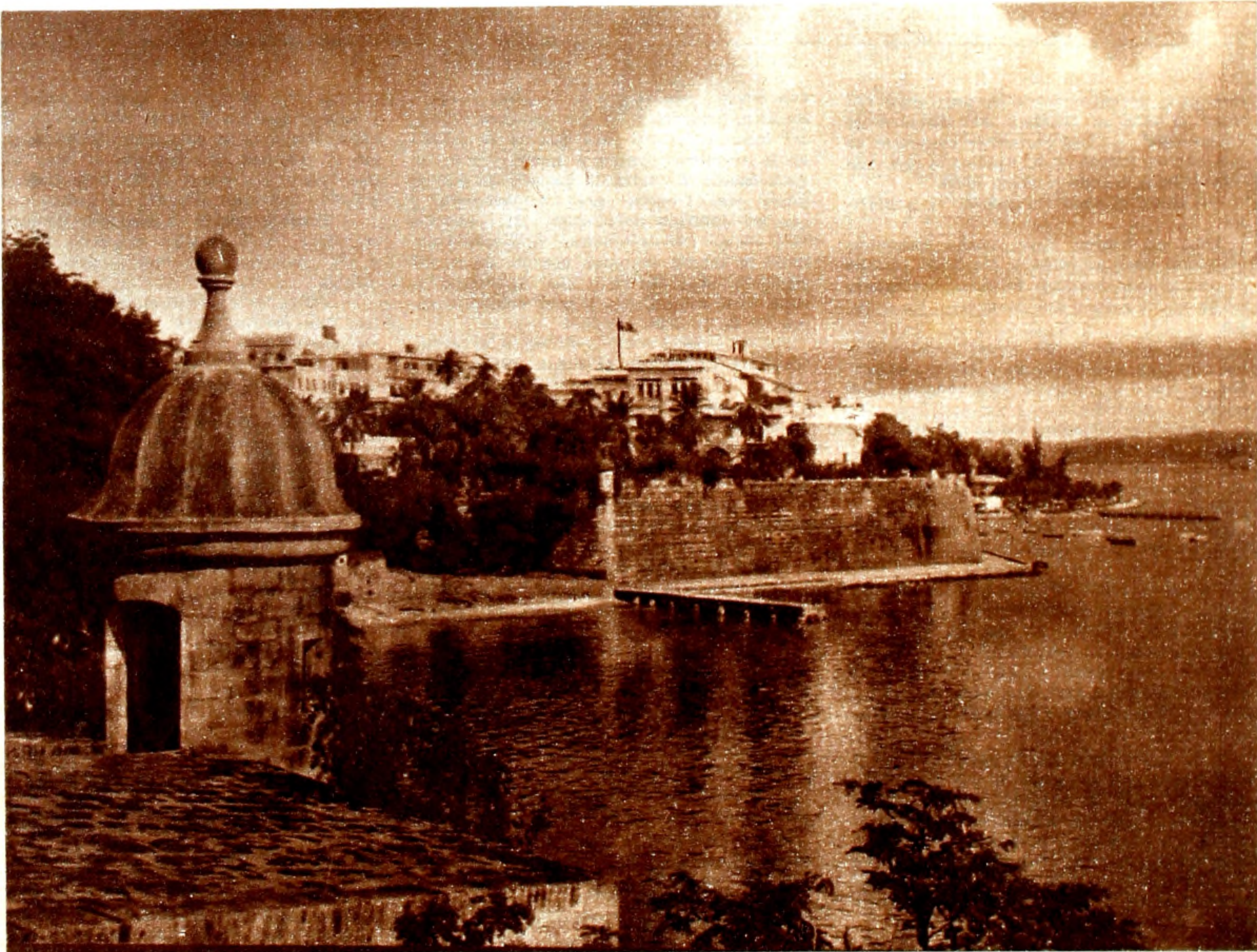
ESTAMOS asomados a la altiva muralla sobre la cual se apoyan viejos y mutilados cañones españoles, en la arrobada contemplación de un horizonte de mágica hermosura, ebrio de azules luminosos. El mar se pavonea en el desplegado varillaje de olas tornasoladas, el cielo sin una nube parece copiar el color de las aguas, y entre cielo y mar lo humano desaparece, para que sólo impere la inmensidad jubilosa del paisaje que vemos desde lo alto de la Fortaleza de Santa Catalina.

Fue en su origen este palacio, construcción militar, pues se edificó para defender la isla. Por donde hoy atraviesan calles asfaltadas, se desplazaban en sus correrías los indios de la antigua Boriquén. Allá los españoles llegaron un día con la cruz y la espada para ampliar los dominios de Fernando e Isabel. Por sus costas merodeó el temido pirata Drake, en el siglo XVI. Despertó en el XVII la codicia de los aventureros holandeses. Los ingleses la pretendieron en el siglo XVIII. De aquellos asedios y aquellas incertidumbres surgió la necesidad de proteger el territorio cuya belleza elogiaron Colón y sus compañeros comparándolo con la hermosa Sicilia. Restos de murallas, ruinas de baluartes y de fortificaciones, aun testimonian en Puerto Rico la tensa vigilancia de los lejanos conquistadores peninsulares.

Ninguna construcción más representativa de aquel pasado, que esa Fortaleza o Palacio de Santa Catalina, "una de las más antiguas Casas de Gobierno del Nuevo Mundo", que se comenzó en 1533, y a fines del siglo XVI se convirtió en lo que es hasta hoy: residencia de gobernadores.

Nos parece andar por otra edad, tan imperturbable es su fisonomía altanera y tan añejo el aire que se recuesta contra los severos paredones. El mobiliario macizo y suntuoso, las tapicerías heráldicas, los óleos patinados por varias centurias, los enormes espejos habitados por rostros de otras épocas que se reflejaron en ellos, las altas camas de dosel, los pesados candelabros que debieron iluminar las remotas noches coloniales con su resplandor oscilante, y un jardín que más se asemeja a una jungla prisionera entre los murallones seculares, alcanzan para mudarnos de esta hora, para remedar el ámbito seductor donde nuestra afición retrospectiva se solaza evadiéndose de la realidad. Mientras recorremos la Fortaleza, la imaginación se escapa por su cuenta, adelanta camino, anticipa o se interna por el pasado, incapaz de permanecer quieta ante la tentación de desandar el tiempo. La esposa del Gobernador, Sra. Inés de Muñoz Marín, nos guía gentilmente por los salones y terrazas del inmenso edificio. Su presencia de mujer joven y activa contrasta con la residencia vetusta. En los jardines las fuentes sueltan alegremente chorros verticales que salpican su frescura. Todo es atrayente, lejano y embrujador.

No estamos en este siglo. No es del presente esta tarde soleada, ni ese cielo que recorta el abanico de palmeras de hojas lustrosas y anchas. En la pequeña capilla circular, una ventana estrecha y larga deja atisbar un rectángulo de oleaje que golpea isócrono y deshace sus copetes de nítidas espumas con un restallido musical al pie de los viejos muros. Dentro de un instante, aparecerán, sin duda, deben andar cerca, tal



La Fortaleza, residencia de los Gobernadores, en San Juan, data de 1533.



"Nuestra Señora de la Guadalupe", catedral de Ponce, la hermosa ciudad aristocrá;tica del Sur.



"Porta Coelis", en San Germán, dícese que es la más antigua iglesia del Nuevo Mundo

vez están recorriendo alguna galería, y ya, ahora mismo, van a entrar por esas dobles puertas, soldados con yelmo y coraza y arcabuces y alabardas. Pero no... Quien aparece, diminuta, linda e imperiosa en sus pocos años, tan rubia como la tarde, es la nietecita del Gobernador. Y nos vuelve al presente. Al tiempo de ahora. "El tiempo es ahora": lo leímos en un vaso tendido amistosamente por una delicada poetisa, Aurora de Albornoz de Enjuto. "The time is now"... Breve, expresivo y para meditar, el aforismo. Sobre todo en esta isla donde el ahora y el ayer coexisten, donde se restauran las viejas casas con respeto por la tradición, mientras el presente impone sus edificios audaces, sus hoteles costosos, lujo para millonarios, sus automóviles relucientes como juguetes nuevecitos. Puerto Rico tiene a la vez, historia y porvenir. No hay pleito entre el pasado y el presente, porque éste no pretende derribar lo otro ni crecer a sus expensas, porque no se ha necesitado sacrificar lo antiguo para que lo nuevo tenga sitio. Vimos cabalmente, en Ponce, esa convivencia que no se resuelve en pugna; junto a lo actual, el señorío de antaño sobrevive; y a nadie resulta anacrónico que todavía, por las calles de esa ciudad llena de distinción, se pasee en carruajes de caballo, reviviendo el empaque aristocrático de otrora.

Hay sitio, sí, para la expansión romántica, en un país donde es posible andar en barco bajo los astros, atravesando la Laguna del Condado, y ver, hacia la mitad del trayecto, que la embarcación va dejando una mágica estela luminosa. Circundan la laguna las luces de San Juan, y el aro centelleante que nos rodea mezcla sus fulgores al de las estrellas caídas entre las ondas dóciles que se curvan al paso de la navecita, y botamos en pueril simulacro un bote de papel que lejos de naufragar, nos sigue por largo rato, gallardo y minúsculo. Nos hace recordar versos nuestros: *"Fue por la ruta de mi desvarío, / no llegó al mar ni conoció la aurora. / Sombra, tormenta, desazón, demora. / Y el mismo barco sobre el mismo río"...* Y los decimos a media voz bajo la noche.

Marchamos, ida y vuelta, de San Juan a Cataño; la corta travesía resulta inolvidable porque la impregna un hálito poético que flota en el sobrehaz de las aguas, en la brisa refrescante, en el parpadeo de las luces que a distancia señalan las orillas. Es tan alucinante como un lugar que en la costa Sur de Puerto Rico ofrece el milagro de una playa iluminada: La Parguera. Millones de noctilucas le prestan una intensa fosforescencia, y si se arroja al aire un puñado de agua, nos cae en torno una cascada de menudos resplandores. Poesía en el aire, el mar y la tierra: "el tiempo es ahora", sí, el tiempo de atesorar recuerdos, imágenes, nostalgias para mañana. Vimos levantarse la luz sobre el Yunque; se abrió el paisaje puertorriqueño a los pies, contemplado desde el Lomo; montañas y hondonadas y valles que fuimos dejando atrás, nos ofrecieron al paso el derroche opulento de hibiscos, trinitarias —escarlata, naranja, púrpura, blanca—, acacias, flamboyanes coronados de rojo, palmeras, helechos gigantescos, orquídeas salvajes, toda la imaginación de la naturaleza volcada en la flora tropical, que cautiva con su hechizo exótico. Nos hablaron de los Jardines Submarinos, en Boca de Cangrejos, donde en botes de fondo transparente, se llega hasta los arrecifes de fascinantes tonalidades con que imita el coral incendios y ramajes bajo el mar, y pueden verse raros peces habitantes de esas profundidades. Nos convencemos de que el mundo es algo para andar y ver, sin desperdiciar ninguna de sus lecciones involuntarias. Y analizamos para nosotros, la diferente posición que encarnan dos verbos que indistintamente emplean los viajeros: *pasar* y *vivir*. ¿Por qué decir que en un lugar determinado *se pasó* tanto o cuanto tiempo, con ese sentido de fugacidad que pasar encierra, cuando hubo alegría, sorpresa, gozo de panoramas, vibración de alma unida al descubrimiento de hombre y geografía distintos? Sería lo exacto decir que *se vivió* ese lapso, pues *pasar* no da idea de echar raíces ni poner corazón. Pero *vivir*, arraiga, vincula con hondura, y por donde lleve el andariego su ilusión a cuestas, *vive* mientras los otros *pasan*... Así lo entendemos, al menos.

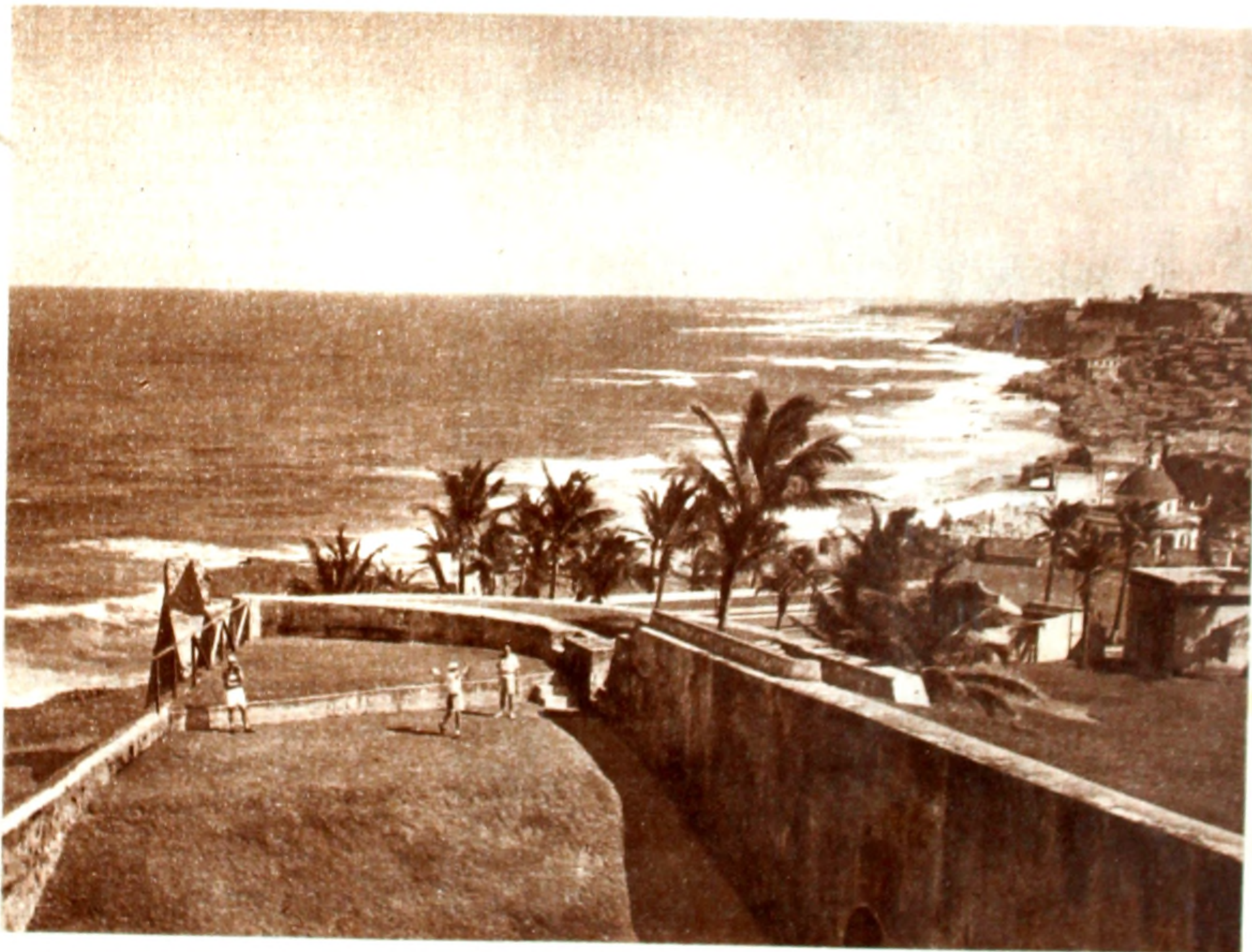
Nos distrae el coquí. En las noches perfumadas del Caribe, su trémolo nos sorprende y creemos que es el trino corto y saltarín de alguna ave rara. Pero no. Es el coquí. El coquí ubicuo, típicamente puertorriqueño, que no podríamos oír en ningún otro lado del mundo. Es una ranita minúscula, de cuerpecillo delgado, de cuatro o cinco centímetros a lo sumo, difícil de ver, pues se esconde entre las hojas, y modula su estridor inconfundible, que vocaliza claramente la onomatopeya con que se le ha bautizado: co - quiíí...co - quiíí. Equivale al grillo de nuestras latitudes. Y el duendecito puebla la sombra con su canto invariable, y silabea sin pausas su única rima que atraviesa los jardines con el eco que pronto se hace familiar. Los escritores le han dado ciudadanía literaria. Tomás Blanco, prosista ilustre, le dedica un capítulo en "Los cinco sentidos", su libro famoso. Y en muchos poemas de diversos autores asoma su dulce canturreo monótono.

¡Y qué bien expresa Juan Antonio Corretjer, uno de los rotundos poetas puertorriqueños del presente, el ámbito estremecido de apasionado lirismo que es su patria! Leamos:

"Y, sin embargo, al hacerse la noche, cuando la gran fragancia / tiende su manto de coquíes como una bandera despertada, / y en los picachos de Jayuya están las estrellas arrodilladas; / cuando las aguas de la luna bajan por el Río de la Plata / haciendo celestes caseríos desde Comerío a Toa Baja, / y en Ponce nacen los nísperos con luz de lucero encapsulada, / o en Guaynabo están las marías llenas de alisios y de flautas, / en el puente de la Aldea en Ciales está soñando una guitarra. / Una niña abre muy grandes los ojos en la oscuridad de la casa. / Un hombre, en su balcón solitario, con la cabeza canta. / Y la poesía de los siglos le llega desde sus montañas, / que no son las montañas de Itaca."

Oh, tiene razón el amigo Corretjer. Baja poesía de las montañas, chorrea poesía el cielo, palpita en el sacudimiento de los ramajes, está en las olas del Caribe y en el corazón de los hombres. Porque había una vez una isla —que no era Itaca— pero que se parecía al paraíso...

Dora Isella RUSSELL
(Especial para EL DIA)



Ruinas del Castillo del Morro, en torno de las cuales hay magníficos campos de golf. En segundo plano, el viejo cementerio de San Juan. Y más atrás, el pintoresco barrio de La Perla.

LA NECROPOLIS DEL VATICANO

ENTRE los más importantes trabajos arqueológicos de los últimos años (Nemi, Spina, Qumran) débese señalar las excavaciones realizadas debajo de la Basílica de San Pedro en Roma. Estos trabajos comenzados en 1940 y cuya primera etapa terminó en 1949, pusieron al descubierto una necrópolis romana que estuvo en uso desde el siglo I hasta el IV de nuestra era.

¿Cómo y por qué se encontró esta necrópolis debajo de la Basílica?

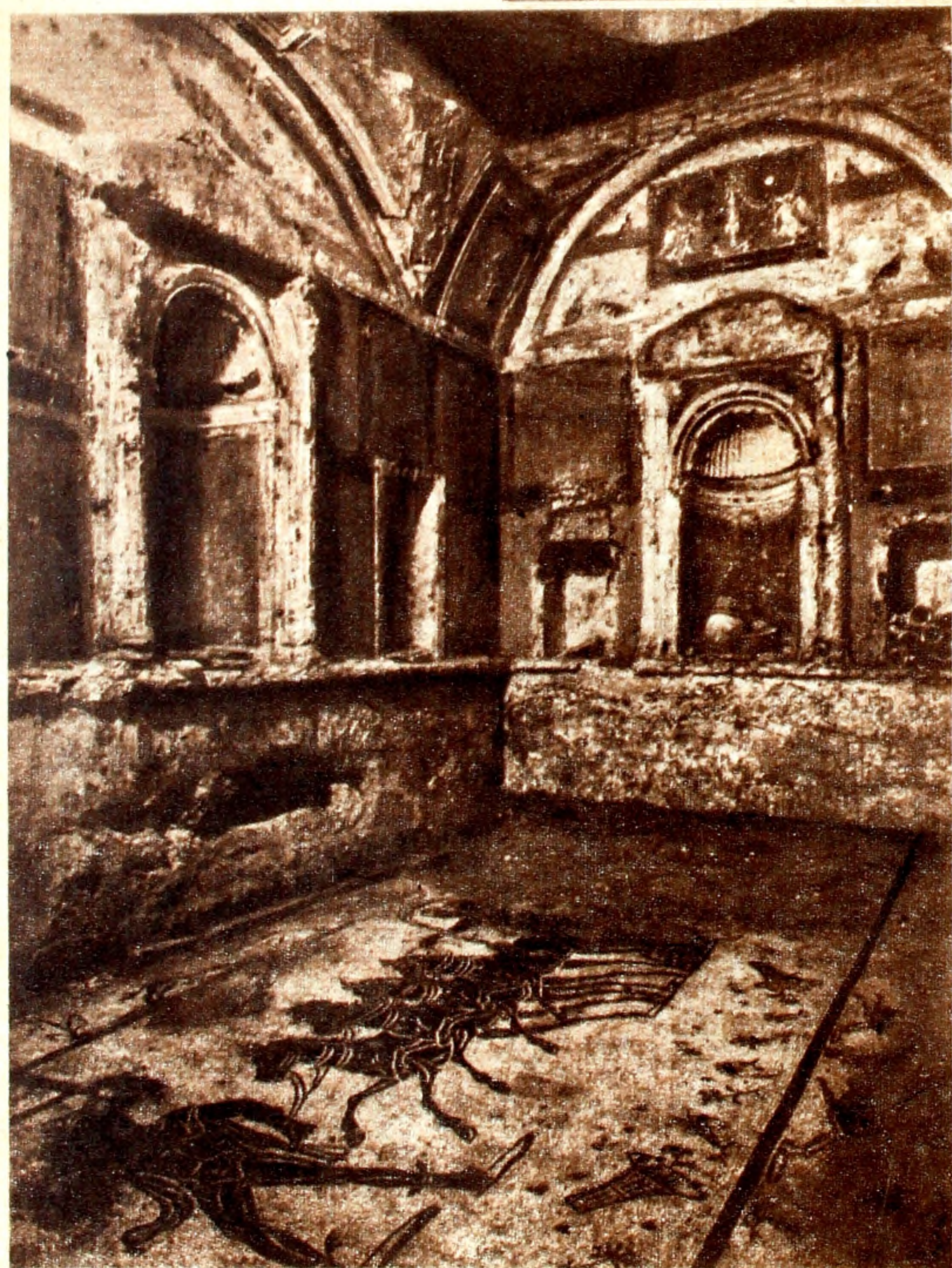
Aclaremos previamente que la necrópolis en verdad desborda los extremos de la Basílica para extenderse en dirección Este-Oeste por un largo trecho cuyos límites es casi imposible fijar. Recordemos que prohibidos los enterramientos dentro de los límites (pomerio) de la ciudad, ellos se efectuaban en general a lo largo de los caminos que partían de la misma. Así se formaron los grgandes conjuntos de mausoleos de las vías Apia, Latina, Flaminia, Nomentana, etc. El cementerio de la región Vaticana se había desarrollado a lo largo de la vía Cornelia.

A principios del siglo IV cuando Constantino quiso levantar la Basílica en honor de San Pedro, deseó hacerlo según la tradición ya establecida de modo que ella estuviese centrada en el sepulcro del Apóstol. Este proyecto se enfrentaba con grandes dificultades de orden práctico, jurídico y religioso.

¿Por qué quiso Constantino que el sepulcro de San Pedro centrase la Basílica? En los primeros siglos del cristianismo fue práctica levantar los templos para el culto de los mártires sobre el sepulcro de los mismos. A esto se estaba obligado porque las leyes, tanto civiles como religiosas, eran respetuosísimas de los despojos mortales prohibiendo terminantemente la violación de sepulturas. Será algunos siglos más tarde que esta prohibición se levantará al tener, ante la invasión de los bárbaros, que trasladar las reliquias de los santos desde sus lugares extramuros al interior de la ciudad para salvarlas de la profanación y dispersión. Esto trajo el desuso de aquellas leyes y con el andar de los años se llegó a verdaderos abusos culminando, en la Edad Media, con el irrespetuoso comercio de reliquias. Ello hizo que el problema de las mismas se convierta en una disciplina de la arqueología moderna que está haciendo la revisión de las mismas; esto ha obligado a reconocer que las reliquias auténticas son muy pocas frente al caudal de las inauténticas.



Interior de uno de los mausoleos. Los nichos contenían, dentro del muro y en su base, urnas cinerarias; en la fotografía se ven dos ricos vasos de alabastro que contienen también cenizas. Debajo de estos nichos hay arcosolios para el rito de inhumación.



Rico interior de uno de los mausoleos. En el pavimento un bello mosaico representando el retorno de Proserpina guiada por Mercurio.

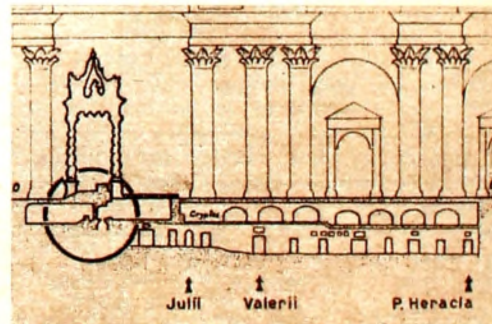
Las dificultades de orden jurídico y religios. (pagano) que se presentaron a la anulación (enterramiento) del cementerio del Vaticano necesaria para la construcción de la Basílica debía ubicarse en la ladera Sur del el mismo Constantino que reunía en sí la autoridad de Emperador y la de Pontífice Máximo. Las dificultades de orden práctico y constructivo fueron brillantemente solucionadas por los arquitectos del Emperador. La Basílica debe ubicarse en la ladera Sur del monte Vaticano. Para ello se levantó un gran muro de sostén hacia el valle (obsérvese el grabado) y se rebajó la cresta del mismo monte formándose la gran platea sobre la cual se edificó la Basílica. Debajo de esta platea es que quedó sepultada aquella porción del cementerio que ha sido recientemente excavada.

Para el trabajo de sustentación de la platea se aprovecharon los constructores de los mausoleos convirtiéndolos en las mallas de una gran red cegando con mampostería los vanos de los mismos y dividiendo con muros nuevos los de mayor dimensión. Esto evitó los deslizamientos del material de relleno.

No dejó de presentar serias dificultades las vetas de aguas subterráneas encontrada por los constructores.

La Basílica edificada por Constantino era un grande y magnífico templo que tenía 120 metros de largo; estaba dividido por cuatro hileras de columnas monolíticas en cinco naves; la decoraban bellísimos mosaicos. Con el andar de los siglos este templo se fue enriqueciendo con pinturas, relieves, altares y monumentos. En el 1500 fue demolida para dar lugar a edificar la actual basílica que corona la cúpula de Miguel Angel. El pavimento de la nueva Basílica fue construído a un nivel más alto que el del antiguo templo; el espacio entre estos dos niveles dio origen a aquellos ambientes conocidos con el nombre de grutas vaticanas que no son más que la cripta de la actual iglesia.

Cuando en 1940 por diversas circunstancias se hubo de realizar obras en las grutas vaticanas, uno de los trabajos que se proyectaron fue el de su ampliación. Esto sólo era posible bajando el piso de las mismas. Levantado el pavimento apareció de inmediato la estructura superior de los mausoleos. Fue entonces que el Papa Pío XII dio la orden de que se hiciesen las excavaciones que llevaron al reconocimiento de la tumba de San Pedro y al desentierro de una gran parte de la necrópolis. Esta no fue excavada a todo lo largo de la Basílica sino



Dibujo de G. Conti mostrando la disposición del cementerio debajo de las grutas vaticanas (cripta) en una sección Este - este. El círculo señala la ubicación de la tumba de San Pedro debajo del baldaquino del Bernini. El dibujante a indicado tres de los mausoleos con el nombre de la familia a la que perteneciera.

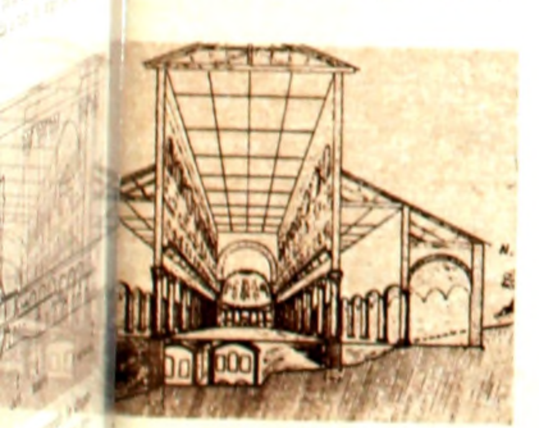
...uiendo la línea que pasa por el ábside (Oeste) de la Basílica y el obelisco (Este) ...d la plaza se desarrolló la necrópolis del Vaticano entre los siglos I y IV de nuestra era.

...extensión de unos ochenta metros ...ndose veinte mausoleos.

...capará al criterio del lector las difi... que estas excavaciones ofrecieron ...ráctica dado que ellas debieron ser ...in interrumpir los oficios en el tem...ue el peso y la estabilidad del mis...ficio, la presencia en la Basílica de ... monumentos y la acumulación de ... conservar, plantearon a los técnicos ...número de gravísimos problemas.

...delicado trabajo ha puesto a la luz ...unto de mausoleos de gran interés ...io. En ellos se puede admirar una ...oración de estucos, mármoles, pintu... mosaicos. En todos ellos encontramos ... formas de enterramiento: por inhu... y por cremación. Uno sólo es ente... cristiano, pero igualmente encontra...rsonajes cristianos enterrados en los ...ausoleos.

...sposición arquitectónica de estos mo...os varía según la época de su cons...; los más antiguos por ejemplo, tie... ambiente o vestíbulo descubierto en ... anterior, vestíbulo que en los más ...s está cubierto o desaparece total-mente en el gran ambiente cerrado del mausoleo. El frente de ellos repite un esquema general idéntico al que encontramos en los del cementerio de la Isola Sacra en la desembocadura del Tíber: revestimiento de ladrillo visto, marcos de las puertas de travertino, decoración (capiteles, frontones, guardas) de terractota, sobre la puerta de ingreso el "títulus" y flanqueándolo dos ventanas. El interior varía mucho de un mausoleo a otro; la planta y la decoración responde no sólo a la forma y tamaño del terreno sino también a la riqueza, gusto y religión del dueño del mismo. En muchos se han encontrado magníficos sarcófagos de mármol con bellísimos relieves.



...). Conti) demostrativo de cómo se ...la Basílica de Constantino sobre la ... que se construyó sobre el cemen...del Vaticano. Sección Norte - Sur.

Todos los mausoleos hasta ahora descubiertos pertenecen a libertos; ellos nos demuestran claramente como aquella condición social podía desarrollar ampliamente sus posibilidades económicas creando dentro del Imperio Romano una verdadera clase media.

Importantes son los textos epigráficos y los grafitos encontrados allí; por aquellos por ejemplo, sabemos que el circo de Nerón que se creía estaba bajo la Basílica y que no fue encontrado se halla en las proximidades, por éstos, conocemos manifestaciones del culto popular por el Apóstol San Pedro.

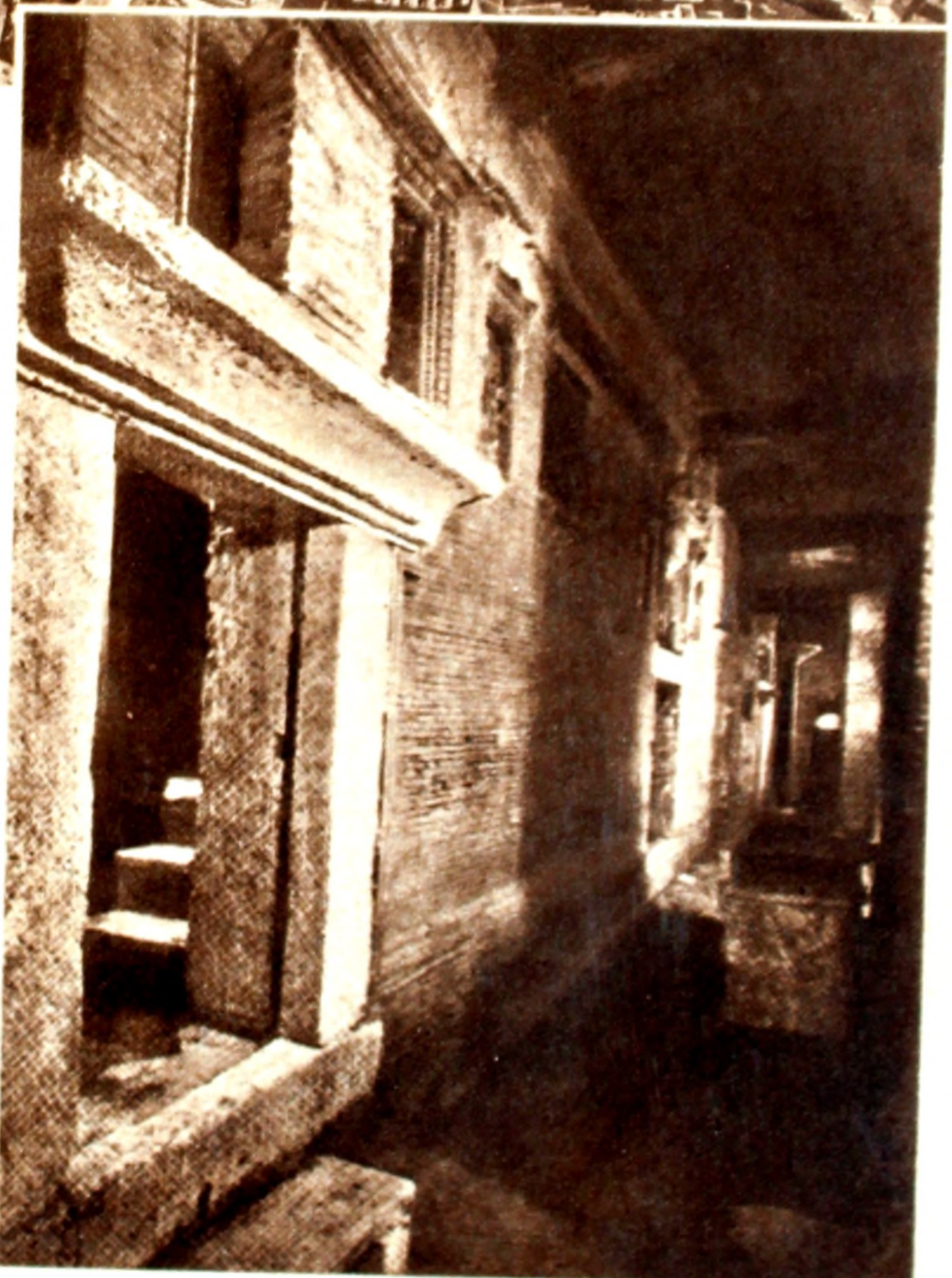
Los problemas que plantean estas excavaciones son innumerables; los estudios continúan aún. Después de la primera etapa, los trabajos fueron proseguidos bajo la dirección del Profesor Adriano Prandi para la exacta determinación topográfica.

Importantes han sido los estudios hechos y ya publicados sobre los grafitos que las excavaciones dieron a luz. La tarea más importante la han realizado en el P. Antonio Ferrúa y la profesora Margarita Guarducci.

De la primera etapa de trabajos (1940-1949) fue publicada una relación oficial redactada por los arqueólogos que efectuaron los trabajos: B.M. Appoloni Ghetti, A. Ferrúa S. I., E. Josi y E. Kirschbaum S. I.: "*Esplorazioni sotto la confessione di San Pietro in Vaticano*". De esta obra tomamos las fotografías publicadas en esta página.

Luis BAUSERO.

(Especial para EL DIA.)



Calle con hilera de mausoleos abiertos hacia el Sur. Por encima de estos sepulcros se levanta la inmensa Basílica de San Pedro.

MARK TWAIN

125o. ANIVERSARIO DE SU NATALICIO

FUE en 1862 que, al entrar a formar parte del cuerpo de redacción de un periódico de Virginia City, en el Estado de Nevada, Samuel Langhorne Clemens decidió firmar sus colaboraciones con el seudónimo de Mark Twain, que pronto lograría amplísima difusión. Hasta entonces no había publicado ningún libro. Y para siempre, desde ese momento, Samuel L. Clemens pasó a ser, literariamente, Mark Twain.

Nacido el 30 de noviembre de 1835 en Florida, en el Estado de Missouri, era hijo de John Marshall Clemens, abogado, y de Jane Lampton. Su padre era de Virginia; su madre, de Kentucky. A pesar de su formación universitaria, John Marshall Clemens poseía un espíritu lleno de fantasía, con cierta rudeza que hallamos luego en el hijo. Muerto el padre en 1847, el hogar quedó en una difícil situación económica. Y el futuro Mark Twain tuvo que enfrentar la lucha por la existencia. Las dos tareas más importantes que ejerció —la de tipógrafo y, luego, la de piloto de un barco que recorría el Misisipí— se vinculan íntimamente con su vida de periodista, de novelista y, sobre todo, del gran revelador del Misisipí, no sólo en su grandiosidad panorámica, sino también y —lo que es más importante— de su contorno humano, de su vida cotidiana, de sus peculiaridades, de su espíritu, de su lenguaje, de lo que, en suma, podríamos llamar su biografía de gran río.

Se sabe que antes de dedicarse a recorrer el Misisipí, Samuel Clemens había pensado en viajar por Sudamérica, en busca de fortuna. Más tarde, la guerra civil de su patria lo unió a un grupo de voluntarios confederados, hasta que se estableció en Nevada, junto a su hermano Orión, que había sido nombrado secretario del Gobernador. Toda esta etapa de su vida es muy movida. No tuvo éxito cuando quiso dedicarse a la minería. Mucho mejor le fue como periodista, con sus sabrosos "sketches" en que amanecía el agudo humorista, que ya comenzaba a ser celebrado por el pueblo. Su primer viaje fuera del Continente fue a las islas Hawai, que le dieron material para crónicas aparecidas —con gran beneplácito de los lectores— en el diario "Unión" de Sacramento. Era el año 66. Mark Twain había pronunciado varias conferencias en Hawai y esa actividad es muy trascendente en su biografía, como veremos más adelante.

Asimismo resulta trascendente —incluso desde el punto de vista literario— su matrimonio —realizado el 2 de febrero de 1870— con Olivia Langdom, dama de refinado espíritu, que fue noble compañera del escritor. Tres años antes de esa boda, ya Mark Twain había publicado su primer libro, titulado "The Celebrated Jumping Frog of Calaveras County and other sketches" que le dio inmediata y amplia nombradía, luego acrecentada aún por sus posteriores libros. Ya en ese tomo inicial aparecen las características esenciales de lo que podríamos llamar "el primer Twain" que es, en general, el más difundido y aceptado, el más celebrado. Más adelante, al entrar de lleno en la valoración de su obra, estableceremos el deslinde de esos dos Twains literarios —que lo son, asimismo, anímicos, vitales— señalando sus correspondientes características.

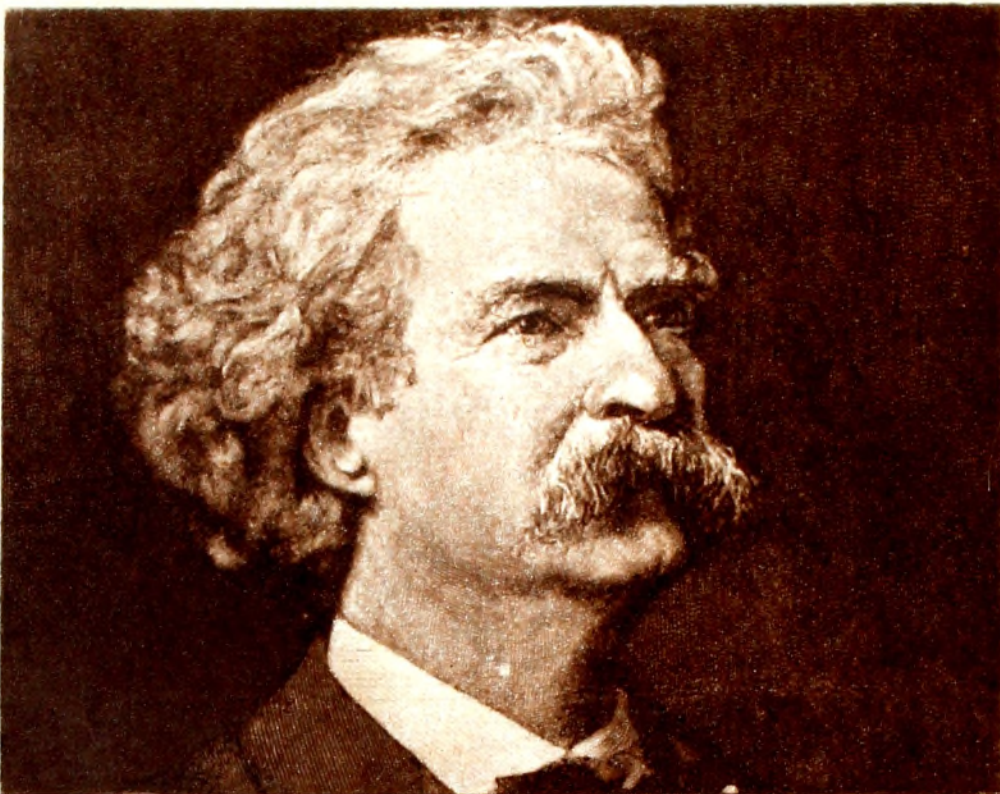
Al año siguiente de su boda, el escritor se estableció en Hartford, Connecticut, donde conoció el fecundo reposo de un hogar sereno y seguro. Twain ha recordado esos años en Hartford como los mejores de su existencia.

Anduvo luego en negocios que lo endeudaron largamente. Al frente de una empresa editora, invirtió una suma —que para aquella época era fabulosa— en una máquina impresora novísima, cuyo fracaso lo llevó a la quiebra financiera. Para librarse de sus muchas deudas realizó una extensa jira por numerosos países del Viejo Mundo, dictando conferencias, que le remuneraban de acuerdo con su vasta nombradía y con el numeroso público que lo escuchaba. Pero el narrador infatigable de cuentos y anécdotas, el infatigable humorista, no se sentía a gusto en esa larga y necesaria "tournée", sin duda porque su carácter de obligación resultaba adverso a su espíritu libre y algo rebelde, aunque esforzado y laborioso. Quizá también porque ese viaje por países lejanos lo apartaba de su querida y tan comprendida tierra natal. Pudo, finalmente, en 1898, sentirse libre que aquellas deudas que tanto preocupaban a su carácter de responsabilidad.

Sus últimos años fueron tristes. Ya hacía dos años que había fallecido su hija mayor, Susy, nacida en 1872 y tronchada a los 24 años de edad. Mark la adoraba y su ausencia fue un golpe terrible en su sensibilidad. Golpe aún mayor a partir de 1904, en que falleció su esposa, luego de una larga etapa de invalidez.

Cuando, el 21 de abril de 1910, Mark Twain cerró sus ojos para siempre, hacía tiempo que había dejado de ser el hombre sonriente, optimista y esforzado que sus amigos habían conocido durante largos años. Y su fama de escritor crecía continuamente, tanto en su patria como en Europa.

Muy extensa es su bibliografía. Dispensaremos al lector de una lista entera de sus obras. Baste decir que esa rareza bibliográfica que hoy constituyen sus obras completas ("The writings of Mark Twain", 1922-25) está compuesta de 37 nutridos tomos. Pero sin realizar aquí una larga lista bibliográfica, será necesario que evoquemos sus libros fundamentales. Son ellos: en el cuento corto, además de su ya mencionado primer libro de 1867, 'Mark Twain sketches. New and old" (1875), "The stolen white elephant" (82) y "A double barreled detective story" (92). En la novela, preciso será tener en cuenta "The gilded age", escrito en colaboración con Charles Dudley Warner (73), luego tres de sus obras más difundidas y celebradas: "The adventures of Tom Sawyer" (76), "The adventures of Huckleberry Finn" (84), "A Connecticut Yankee at King Arthur's Court" (89), sin olvidar uno de sus libros más admirables desde el punto de vista de la madurez estilística, sus novelas incluídas bajo la denominación general de "Personal Recollections of JoJan of Arc" (96). El ensayo, la miscelánea humorística, la memoria y el género autobiográfico movieron también su pluma, con una personalidad y una agilidad tal, que a veces resulta difícil querer encasillar alguna de sus obras en uno de esos géneros determinados. Su "Mark Twain's autobiography" es (como alguno de sus otros libros indispensables), de edición póstuma y apareció recién catorce años después de su fallecimiento. La edición original consta de dos tomos. Habrá que recordar asimismo sus siguientes obras, fuera de la creación narrativa, pero a veces muy vinculadas a ella: "The innocents abroad" (69), "Following the Equator" (97), "How to tell a story and other essays" (97), "My debut as a litterary person" (903) y "Extract from Captain Storm'Field's visit to Heaven" (1909). A quienes busquen leer una buena selección de este autor, hemos de recomendar: "The family Mark Twain", del año 35, con prólogo de Albert Bigelow Pain y "The portable Mark Twain", del 46, antología realizada por Bernard de Vote. Pocos autores son tan recomendables de leer en su idioma original como éste que estamos evocando: su estilo posee un sabor especialísimo que se amengua en los traslados idiomáticos.



Hermoso grabado, basado en una foto de Mark Twain, de 1895.

Una valoración serena e imparcial de Mark Twain ha de reconocer en su vasta obra a un autor muy original, que —aun en los desniveles propios de esa misma vastedad— es, sobre todas las cosas, eminentemente auténtico. Tiene la rara virtud de interesar igualmente al pueblo y a las minorías más cultas y exigentes. Como su nombradía fue tan grande, es justo que haya conocido también una especie de reacción de la crítica, de esa que va a buscar más los defectos que las virtudes y que, en cierta manera, es necesaria, para establecer, con algunos de sus elementos, una especie de equilibrio valorativo. Esa reacción quiso presentar a Twain, especialmente en sus primeras obras (que son las más celebradas y típicas) como un ironista agudo, personal, sabroso, pero algo superficial. No participamos de la crítica que entraña este último adjetivo. Cuando Twain retrata la picardía humana, cuando su vivacidad y su exactitud reflejan —¡y cómo!— la comedia humana, lo hace con tal frescura, con tal gracia, que a veces el lector se olvida de penetrar en su intención, que es bien profunda, pese a tal gracia y frescura. Twain detesta la hipocresía tanto como la injusticia y se sabe cuanto lo amargaba la maldad de gran parte de la familia humana. También se enfrenta a menudo a lo absurdo (y lo expone, pero no pretende abolirlo, porque sabe que lo absurdo es parte de la vida... y en este aspecto, nuestro autor aparece como un precursor de más de uno de los novelistas europeos actuales). Por su espíritu típicamente americano —yanqui, para ser más exactos— Twain tiene asimismo vinculaciones con Walt Whitman. Ambos simbolizan a su manera el alborear de la vida nacional. Ciertamente, tan grandes como sus semejanzas son sus diferencias, empezando por el hecho de que la obra whitmaniana carece en absoluto del sentido de la ironía, fundamental en su contemporáneo. Pero ambos supieron romper con la tradición literaria europea y ser auténticamente americanos. Lo primordial de las novelas de Twain no es necesariamente su trama —a pesar de que algunas, como "A Connecticut Yankee at King Arthur's Court" la tengan tan original, como ingeniosa e interesante. Lo primordial, en Twain es su 'visión" del mundo, que en sus memorias se llena de una emoción sobria y altamente poética, como puede comprobarse en "The adventures of Tom Sawyer" y en "Huckleberry Finn". Y así como Whitman es el poeta de Manhattan, Twain es quien mejor ha reflejado el Misisipi, no sólo en su belleza panorámica, sino también en su vida fluvial, humana, vegetal, en sus detalles menudos, en su intimidad, en lo que podríamos llamar su cuerpo y alma de gran río. Todo ello aprendido lenta y amorosamente en la pequeña y soñolienta villa de Hannibal, donde pasó algunos años de su infancia.

El mundo twainiano sabe unir la fantasía y la realidad, así como logra un hermanamiento de la intuición y la sabiduría.

Hemos hecho mención, en el esbozo biográfico de este autor, a las dos etapas de su obra. La primera es la más vasta, y responde a la manera más difundida del autor, la que configura su personalidad más renombrada. La segunda, que incluye, sobre todo, "What is man?" (906) y "The mysterious stranger" (editada póstumamente en el 16) se aparta de aquellas características de fino humorismo y de sana vitalidad, para dar una visión escéptica, pesimista, de la vida, que fue la de sus últimos años. A pesar de reconocer cuanto se enriquece su obra con esa experiencia —de cuya autenticidad da fe su misma vida— preferimos su primera etapa. Twain no era precisamente un filósofo, aunque la existencia quiso demostrarle que el ironismo es como una copa de licor algo burbujeante, en cuyo fondo hay gotas amargas, que es preciso beber también, con el resto, aunque después se decida romper la copa.

En pocos escritores como en éste, "el estilo es el hombre". Y no precisamente porque sea un estilista en el sentido en que se entiende tal vocablo. Su prosa es nerviosa, flúida, colorida, conversacional, en lo que podríamos llamar "idioma nativo", desdeñando pulimentos y oropeles. Personalísima, como todo en él, esa prosa es inimitable. La claridad, la sabrosura y la gracia son la trilogía de su estilo, eminentemente popular en sus obras primeras, las más celebradas, las más queridas. Van Wyck Brooks lamenta que Twain no haya ido más a fondo en la sátira social. Y esto nos recuerda a quienes han vinculado tal aspecto con el acontecimiento de su boda, de la influencia de su esposa, dama perteneciente a una distinguida familia neoyorquina, a quien no agradaba la vulgaridad o la crudeza de ciertas sátiras. Investigaciones posteriores parecen demostrar que el brío de su espíritu luchador se amenguó, sobre todo por aquellas luchas de carácter económico a que nos hemos referido, así como por su imagen de la mezquindad y la falsedad humanas, que dejó en el escritor cierto sentimiento de fatiga y desilusión. Quedará como un exponente del escritor formado en el enfrentamiento con la vida misma, alejado de las capillas literarias, de las academias. Asimismo supo burlarse lindamente de quienes, (como en "Innocents abroad") son especie de moldes de las guías turísticas en Europa, frente a viejos palacios o nutridos museos, lo que significa que se reía incluso de una buena parte de sus compatriotas.

No sólo por su propia obra, sino también por su formación literaria, en la que el único compañerismo profesional es el de Bret Harte (1839-902) narrador típicamente californiano, Mark Twain es la antítesis de su contemporáneo Henry James. Lo es, sobre todo por su vena popular, opuesta al sentido aristocrático de James y por su concepción del arte literario. Y no se crea que pensamos que James sea más artista que Twain, como algunos opinarán, sin duda. En arte, es muy alto el valor de la imaginación y de la fantasía ,tan ricas en Twain como escasas en su colega. Por lo demás, confesamos que no vemos en James únicamente a un continuador de la tradición literaria británica, como se ha insistido en presentarlo. Tanto como la influencia de esa tradición, puede hallarse en su obra la de valores universales, como el alquitaramiento estilístico de Flaubert, por ejemplo.

Para terminar nuestra evocación del autor de 'The Celebrated Jumping Frog..." hemos de citar dos opiniones bastante recientes, que resultan interesantes, porque ven ya a Mark en la perspectiva del tiempo. La primera, que traemos especialmente como testimonio de la devoción que uno de los principales novelistas de nuestra época siente por Twain, es de Hemingway y afirma —con evidente exageración, a nuestro parecer— que "toda la literatura americana moderna ha salido de un libro de Twain, llamado "Huckleberry Finn", al que designa de "el mejor libro estadounidense". Más equilibrada y certera nos parece la apreciación que en 1957 emitió el crítico Richard Chase reconociendo que "siempre que encontremos, en escritores como Stephen Crane, Sherwood Anderson, Sinclair Lewis, Faulkner o el mismo Hemingway, un estilo que fluye con esa gracia fácil de lo coloquial y recibe su carácter de directo y simple del abandono de las palabras y cláusulas subordinadas, es evidente que acertaremos al pensar que tal es el lenguaje de Mark Twain". Pero —agreguemos por nuestra cuenta— no siempre ello significará influencia, sino que Twain supo adelantarse en captar un estilo que es el más adecuado para un sector amplísimo de la novela estadounidense.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA.)

JUMIEGE, UNA JOYA ROMANICA

APUNTES DEL NATURAL
DE PIERRE FOSSEY


ADORNO DE BOVEDA

En pleno corazon de Normandia, a 160 km de Paris, pero un poco fuera de los grandes itinerarios turísticos, JUMIEGE, no tan conocido como otros centros arquitectonicos, ofrece con singular pureza el noble estilo románico de los siglos IX X y XI.


SAN VALENTINO

Fundada en el siglo VII, la primera abadia fue destruida por las invasiones normandas de los años 850 a 862, quedando de esa epoca interesantes vestigios.

La iglesia abacial, NOTRE-DAME fue reconstruida en 1024 y consagrada en 1067 en presencia de GUILLERMO el CONQUISTADOR, duque de Normandia y Rey de Inglaterra.


TORRE LINTERNA

Las torres de JUMIEGE son pues contemporáneas de la torre de LONDRES.

En la segunda mitad del Siglo X, JUMIEGE continua su edificacion. Su biblioteca se enriquece de numerosos manuscriptos; esa coleccion magnifica, esta ahora, casi entera en la biblioteca de ROUEN.

FACHADA DE LA IGLESIA ABACIAL.


CAPITEL

La arquitectura románica, aislada, liberada del estilo decadente romano, y todavia sin influencias ojivales, surge en JUMIEGE, con toda su potencia y originalidad; austeridad de las lineas rectas y honradez de los medios arquitectonicos, determinados por el plano: es el juego acertado correcto y magnifico de los volumenes bajo la luz.

COLATERAL SUR


GUILLERMO EL CONQUISTADOR

NAVE CENTRAL

Jumiege 1950
PIERRE FOSSEY



Una fotografía que presenta a la homenajaeda en su plenitud, en importante acto educacional. Aparecen en este orden las siguientes personalidades: General don Julio Roletti, doctor Felipe Ferreiro, profesora Leonor Horticou y maestro Joaquín R. Sánchez.

MARIA ORTICOCHEA Y SU "PALMA DE LA ELEVACION"

NOSOTROS empezamos a poner atención en la gran maestra, a tiempo que muy altos méritos eran realzados, en conversación íntima, no ya por quien los conocía como Director de Enseñanza Primaria y Normal, el doctor Eduardo Acevedo, sino que por aquel mentor nuestro que, en la vieja casa de EL DIA de la calle Mercedes, tanto nos orientaba con sus juicios, todo ponderación. Hemos aludido a don José Batlle y Ordoñez.

Pero en la tarde del 9 de junio de 1958, una tarde bien triste, envuelta como estaba la ciudad por una niebla densa y fría, los panegiristas se hallaban en todos los campos. Y era el doctor Martín R. Echegoyen, antiguo maestro, quien decía ante el asentimiento de todo el Senado:

— Acaba de morir la figura más eximia del magisterio en este momento. Dirigiendo los Institutos Normales realizó obra singular. Gran profesora de Psicología y aún mejor, si cabe, de Pedagogía. Tenía una presidencia natural y propia, por gravitación, dentro de la docencia. Se la acataba por devoción, sin necesidad de que impusiera autoridad allí donde, por su puesto, ejercía mando.

No respondemos de que esto sea textual en la frase, pero sí en el concepto. Todos los senadores demostraban hondo pesar ante la infausta noticia.

Necesitábamos consignar lo precedente para que resalte bien cómo la Junta Honoraria Forestal hizo con acierto su elección, cuando planeaba su solemne "Fiesta del Arbol" para el año 1960. En ese lugar que se quiere hacer tan bello como evocativo: la "Floresta del Recuerdo".

María Orticochea pasa a tener allí un excepcional monumento vivo: la altísima "Palma de la Elevación", traída por algún barco velero hace ochenta o noventa años no sabemos de dónde, para la que fue luego famosa quinta de Castro. El hermoso recio banco puesto a su pie, con el nombre de la pedagoga, viene a ser el subrayado o complemento, pero lo realmente monumental — ¡monumento! — obra de la Naturaleza, es la palmera. Palma y banco quedan frente a la araucaria excelsa y al banco consagrados en 1959 al doctor Alberto Boerger, el noble sabio de Westfalia que dio a nuestro país una contribución de talento y riqueza que, en lo que se refiere a la materialidad, a los caudales, justificaría la erección de una estatua de oro.

La contribución de María Orticochea fue toda espiritual. Puro oro del alma.

Vino niña del lejano Artigas, de Bella Unión, la localidad fundada por Rivera y que tanto nos evoca: desde la figura legendaria del prócer a sus fieles y valientes indios, compañeros de correrías, a los que un día se entregan tierras para su convivencia con los habitantes de otras razas. Y es así como hace Rivera la *bella unión.*

María Orticochea no conoció estrechez, pero pudo aprender que debemos ser acogedores cuando un joven necesita abrirse camino y no escatima esfuerzo. Como estaba tan bien dotada — afán, voluntad, talento — la obtención del título magisterial, que tanto honraría, fue sólo cuestión de tiempo. Maestra ya, el afán de superación no tuvo límites y él no la abandonaría nunca. La mujer habría de sacrificarlo todo para que se impusiera la maestra. El magisterio fue su gran amor. Directora de los Institutos Normales, vio llegar muchos jóvenes del Interior que luchaban con la escasez de medios, al revés de ella. Y de sus ingresos extrajo sumas que fueron a manos de los que, mereciendo apoyo, más la necesitaban. Obrando de un modo tan discreto, tan delicado, que los favorecidos no pudieron saber concretamente la procedencia del dinero. Y el dinero llegaba oportuna, providencialmente.

La "Palma de la Elevación", que se le ha consagrado en tocante ceremonia a María Orticochea, la merece bien. Su vida fue un contínuo, un armonioso elevarse.

María Orticochea pudo resultar tan grande de escritora como maestra. Aparte de lo profesional y la correspondencia, ha dejado trabajos que están a la altura de aquellas páginas en prosa que, con los versos, dieron fama a Gabriela Mistral, con la que, pese a su raíz india, tiene gran semejanza la compañera uruguaya, siempre satisfecha de su ascendencia eúskara. Las palabras que mandó para que fueran leídas en el homenaje a otra dignísima figura magisterial, Angela A. Pérez, que cumplía 8 años, constituyen una página de antología. El 24 de noviembre de 1946, este Suplemento dio cabida a algo extraordinario: "Retorno a Bella Unión", discurso que tiene todo lo mejor que puede ponérsele a una pieza formal, con finalidad educadora: un trabajo con altos valores poéticos y docentes, y lleno de conceptos profundos que habría rubricado gustoso nuestro pedagogo pensador máximo: el inolvidable Carlos Vaz Ferreira. La evocación inicial, ya conquista el ánimo:

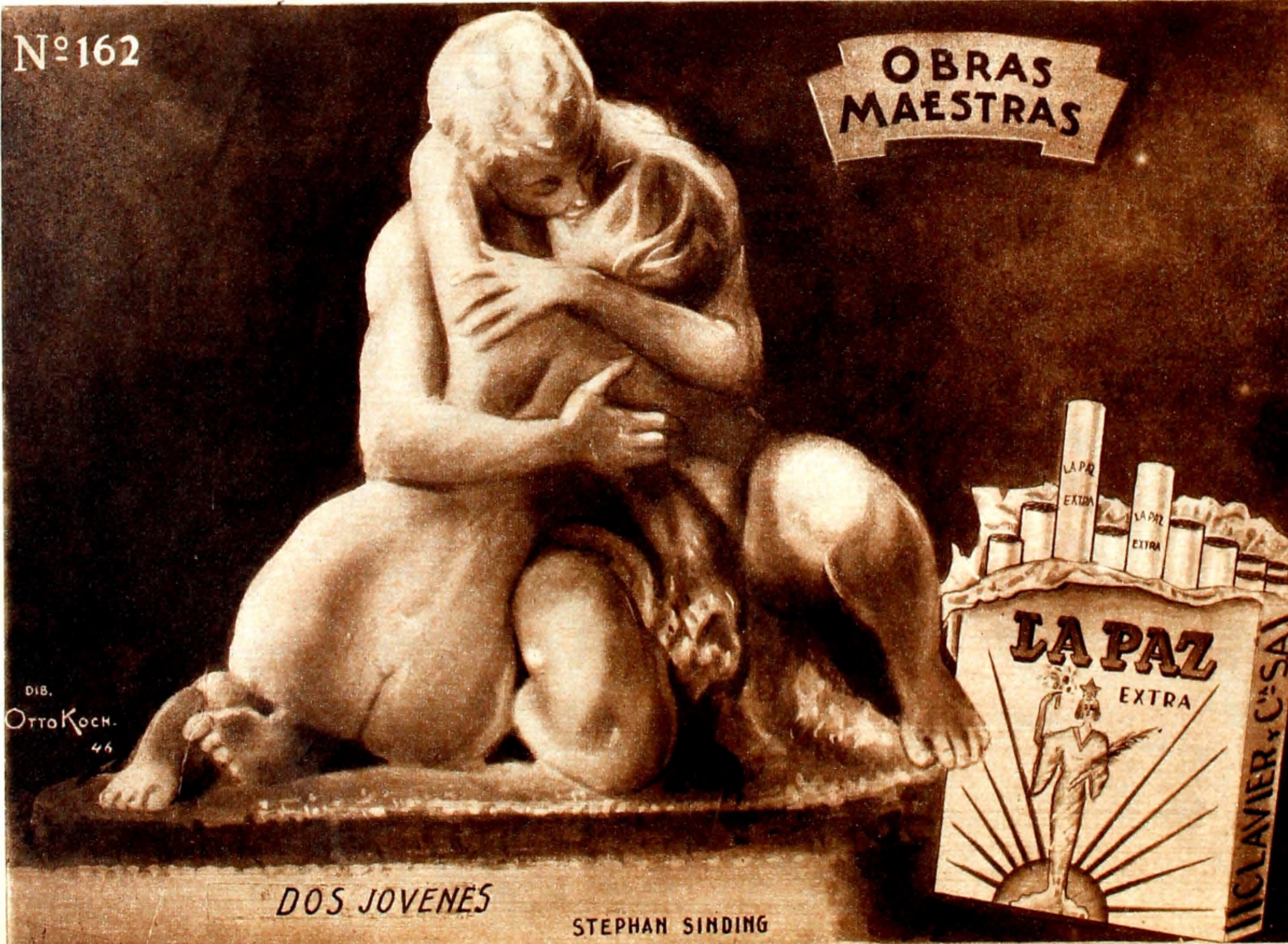
"Después de 25 años, el tiempo de una generación, he vuelto a esta villa: pequeña, graciosa y cordial, que fue el pueblo de mi niñez. Mi ausencia real es de 40 años. Aquí quedaron, y en parajes cercanos, de lindos nombres guaraníes — Itacumbú, Naquiñé, Yucutujá — fijados mis primeros recuerdos: el silencio del campo; los enormes cielos estrellados; la serenidad del río Uruguay; los lienzos amarillos y rojos de maechines en primavera; la lentitud de las canoas sobre las aguas; los espinillares en flor; los rebaños tendidos sobre las laderas; la abras hirvientes de luciérnagas; el terror de las tormentas, regalo del trópico; los grupos de hombres como centauros, enarbolando lanzas, engolillados de rojo o azul, atravesando campos."

Y temiendo que pensaran sus oyentes del Liceo de Bella Unión que "hacía" retórica (se inauguraba la "Biblioteca Juan Carlos Gómez") deslizó una advertencia. Pero magistralmente, como lo hacía ella todo:

"Nada de esto constituye para mí, elementos de literatura nativista. Son el aco ro, la piedra, la miel, el aroma y la canción con que entroncó y se nutrió aquí, en es solar de ustedes y mío, mi raíz eúskara noble, austera y tenaz."

Realmente María Orticochea poseyó lo mejor de la raza. Decíanos una de las personas que más íntimamente la conocía — no su confidente porque la digna mujer era franca en lo que había que decir y recatada para lo que había que callar —, nos decía la profesora Josefina Lage, que le hizo de secretaria, que puesta María Orticochea a aceptar un homenaje (y rehusó los homenajes siempre), nada habría recibido mejor que este de la consagración de una gran planta. "Grandes árboles para grandes hombres" (o mujeres), que programamos los componentes de la Junta Honoraria Forestal. Ved hasta qué punto se interesaba por todo lo que tiene relación con los árboles.

"Al llegar — dice en su hermosa oración — he buscado con la mirada, una plaza del suburbio, donde hace más de 40 años



l "Día del Arbol", Carlos Blixen destinó s niños, que plantamos árboles, una elocón bella y sentida." Y dice luego por lugar: "Esta plaza ha ganado mucho embellecimiento; pero ello no impide que ijo que vuelve eche de menos los grandi paraísos cargados en esta época de perfusados racimos morados".

María Orticochea tenía predilección, bien ve aquí, por el paraíso, el árbol chino los cuatro estadios, al igual de toda vida nana que se completa. Era de rigor, s, que al plantarse la especie que exige jornada anual conocida por "Fiesta del bol", se le plantara a María Orticochea paraíso. Y fue un "equipo" sui gener (formado por sus pequeños sobrinos nie- y dos lindas criaturas más que viven la que fue casa de la pedagoga), el que ó las paladas de tierra que llenaron el o donde ha de extender sus raíces la erosa planta que siempre que llegue ocre (en octubre nació María), se cargará ramilletes de flores fragantes para sanar la altísima palmera que es símbolo la recta trayectoria de la excepcional jer uruguaya.

Frente a "La Palma de la Elevación" la araucaria excelsa que ahora se llama bol de la Perseverancia", en perpetua- del recuerdo del botánico Boerger. Y cerca de la escuela se alza el ciprés amidal, árbol acaso sin parangón en su ecie aquí, que remarca la exedra o muro ego, con la cabeza romántica de Alfonso inola, el médico heroico y sublime de Piedras y San José.

En el discurso acogido por este Suplento hace 14 años, María Orticochea deja e adoctrinamiento a la juventud: "Los os no tienen la finalidad de hacer de otros hombres capaces de obtener fácilnte riqueza. La fortuna material no es meta. Sólo en medios primarios y en es elementales, ese propósito puede ser lidad. El juicio sobre los valores anda y confundido. Son valores eternos la ltad, la justicia y el sacrificio. Estad rta, jóvenes, si queréis conservar vuestra ble calidad de hombres".

*

En las invitaciones para la "Fiesta del bol" de este año, consagración de la alima palma "enamorada del cielo" que ría dicho el también maestro José Mar- se vio figurar, conjuntamente con los titutos Normales, el "Fondo María Orochea". Tal "fondo" tiene su historia. retirarse de la docencia María Orticoea, se le quiso hacer un homenaje nanal. Pero ella lo rehusó. Era mujer de pieza. Entonces los admiradores aporon pequeñas sumas que llegaron a redonar miles de pesos. Ese es el "fondo". Se mpraron títulos hipotecarios. Cuyos inteses se extraen anualmente, para la adquiión de libros de enseñanza. Que se le n donando a los centros pedagógicos por den alfabético: Artigas, Canelones, etc. ormalatos y escuelas, todos irán recibien-, más tarde o más temprano contribución. n lo que el espíritu de María Orticochea ue interviniendo en la docencia. Como Cid, después de muerta gana batallas.

*

La vinculación de María Orticochea con Junta Honoraria Forestal es simple y nrosa. Cuando hacíamos la campaña en vor de los "Bosques y Parques del año 00" (¿no es así, general Genta?), ella no a nuestra sala de sesiones de la calle de Mayo con un lindo proyecto. Era la rmación del gran "Parque Rivera", que haría en terrenos públicos —que los y— de Bella Unión. La idea, sigue en ea. Nada se ha resuelto hasta la fecha. Decían los paisanos de San José, viend sar presuroso y abstraído al doctor Alfon- Espínola, que "era un dios que había bado a la tierra". De María Orticochea poía decirse otro tanto. Realmente, tenía go de diosa. ¿En qué consistía el hechizo aquella mujer de cabellera cana sencimente recogida y que brillaba bajo las ces de la araña, en nuestro salón, como augusto casco de plata?...

La habíamos visto entrar, alta, serena, bien plantada", que diría Eugenio D'Ors, ajestuosa; la tabla del pecho, amplia; las aderas marcadas. Mujer y bien mujer, pe- con un aire singular, evasivo...

¡Cuánta comprensión fulgiendo en la miada, la brillante mirada de unos ojos verdes, de rasgado perfecto, luciendo bajo las anchas cejas unánimes! ¡Qué línea recta y digna en la nariz racial! ¡Cuánta pureza en su boca! Era femenina, bien femenina, pues si la indumentaria era sencilla por demás, no faltaba el detalle que denunciara un fondo específico de coquetería. Pero había mucha austeridad y severa grandeza en María Orticochea. Algo extraterreno, superior. Y de ahí que, sin ella quererlo, nos transportara a la Mitología, nos hiciera ver a la diosa. Su brillante foja de servicios la hacía admirable. Mas al tratarla, descubriendo cuanto había en su fondo de dignidad, de bondad, de generosidad y de nobleza, se la amaba.

Cierto que no exhibía su interior fácilmente. Diríase que temió siempre que se descubriera toda la conmocionable debilidad que había en el fondo de su alma clara y emotiva. Y cubría esa debilidad con el medido ademán, que intentaba ser frío y resultaba noble y sereno. Se sabe bien ahora de la fuerza que hacía cuando, al terminar los cursos, se alejaban de ella aquellos jóvenes espíritus sobre los que había sembrado, sacando pedazos del alma y de la mente, principios como éstos, que le tomamos a su discurso "Retorno a Bella Unión":

"La dignidad del hombre es el pensamiento."

"La superación es la única razón de vivir."

"El secreto del triunfo de cada hombre está en su propio corazón."

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)

María Orticochea, gran maestra a quien se le ha consagrado la "Palma de la Elevación" en la "Floresta del Recuerdo".

Vista parcial de la "Floresta del Recuerdo", con la palma de María Orticochea y la araucaria del Dr. Alberto Boerger.

Dice este pizarrón que fue expuesto en el simpático edificio docente de la calle Cuareim: "Al retirarme de la Dirección de los Institutos Normales, presento a sus directores, a los profesores y alumnos, al personal de Secretaría, de Administración y de servicio, mi saludo de despedida, afectuoso y pleno de consideración por su labor durante los doce años en que dirigí la vida de esta casa de estudios, y formulo votos porque perdure su tradicional movimiento de serena y honrada laboriosidad, y se mantenga y acreciente, si ello es posible, la influencia de sus sabias cátedras, prestigiadas en su misión de nutrir de responsabilidad y saber el espíritu de los maestros que aquí se forman." Nada puede expresar mejor que este lacónico y preciso texto lo que era el espíritu de aquella educadora excepcional. Nótese la herencia socrática en el medio empleado para la despedida, que pudo ser teatral. Y, desde luego, emotiva. Y esto es lo que evitaba María Orticochea: que se descubriera todo lo vulnerable que ella resultaba por su exquisita sentimentalidad.



José Sors.



Francisco Tárrega.

SORS, AGUADO Y TARREGA

CONQUISTAN DEFINITIVAMENTE EL CETRO GUITARRISTICO DE ESPAÑA

COMO ya hemos señalado en anteriores artículos el siglo XIX se abre triunfalmente en España con la figura de Sors. José Macario Fernando Sors y Sors, nacido en la capital catalana el 14 de febrero de 1778, delínea claramente el período clásico y su auge. Su obra musical, es sin lugar a dudas la de perfiles mejor diferenciados en la literatura guitarrística universal. En una semejanza constructiva a un Haydn o un Mozart aparece por primera vez la línea melódica armonizada libremente con gran equilibrio y de acuerdo a los más adelantados cánones de la técnica musical de esos momentos. Además su producción tiene valor propio por la enormidad y calidad de las obras y por haber sido éstas creadas especialmente y directamente para la guitarra. Encontramos así cantidad de sonatas, estudios, temas populares, suites, divertissements, dúos y especialmente trabajó en las Variaciones sobre temas de Corelli, de Mozart, de Haydn, de Paisiello, mostrando en estas últimas obras su definida personalidad. La pureza en la forma y en la estructuración y la originalidad armónica que nunca falta en su obra hacen que la misma no haya perdido la eterna vigencia que le infundió su autor.

En cuanto al aspecto didáctico además de cantidad de estudios publicó en París en 1832 y en francés el "Traité pour la guitare" en donde hace una prolija revisión acerca de todos los aspectos del instrumento. Luego de muchos años de permanencia en Francia, muere en París en julio de 1839 con la unánime consideración de haber sido la figura más sobresaliente en la historia de la guitarra.

Así como Sors fue el músico por excelencia, otro contemporáneo suyo iba a ser el técnico y el pedagogo indiscutible. Dionisio Aguado, cuyo método se usa hoy juntamente al de Carulli, nació en Madrid el 8 de abril de 1784. Alumno del Padre Basilio, fue un virtuoso de condiciones poco comunes y obtuvo en París la incondicional admiración de figuras de la talla de Bellini, Herz, Paganini y Rossini. Con la publicación hecha en Madrid en 1819 de su "Colección de Estudios" revolucionó técnicamente el arte guitarrístico. A él se le atribuye la práctica de los armónicos a la octava y una cantidad de reglas para la modulación.

Aunque escribiera cantidad de obras, su valor radica principalmente en la parte técnica y pedagógica y su influencia sobre la guitarra moderna llega a nuestros días. Aguado de vuelta a España, publica en 1843 la tercera y última edición de su Nuevo Método con grandes agregados sobre las anteriores publicaciones. El apéndice del mismo debieron continuarlo sus alumnos, pues la muerte, acaecida el 20 de diciembre de 1839, lo encuentra en plena tarea.

La figura de importancia que aparece luego de Sors y Aguado lo hace en Francia. Napoleón Coste, nacido en 1806 en el Doubs, aunque no llega a la altura de los citados españoles, tiene suficiente valer propio.

Estudiante de composición en París, sus primeras obras datan de 1840. Su carrera de virtuoso tiene rápido ascenso y a los dieciocho años es ya solista en los Conciertos Filarmónicos de Valenciennes, pero años después un fatal accidente le impide actuar en público. Se dedica entonces a la composición e igualmente publica en una nueva revisión suya los estudios de Sors.

También Coste experimenta en el campo técnico agregando una cuerda más al instrumento, conservado aún en el Museo del Conservatorio de París, escribe para él cantidad de obras. Su producción en general es conocida por la equilibrada justeza armónica, la misma se trunca con su muerte en enero de 1883.

Al mismo tiempo que Coste actúa en Francia, en Italia aparecen dos figuras que continúan en línea directa la tradición y enseñanzas de Carulli y Giuliani. Son ellos Regondi y Mertz, este último nacido en Austria tiene una formación musical totalmente italiana.

También en España hay un núcleo que se mueve siguiendo la senda impuesta por Aguado y lo forman Broca, Vinas, Costa y Hugas, de Ciebra, Ferrer y Bosch. Además de todos ellos hay dos figuras de mayor relieve que mucho hacen por mantener latente el interés por el instrumento; son José Pargas y Julián Arcas.

Al gran período de auge de los guitarristas italianos; de Sors y Aguado, el interés por la guitarra decae lentamente y ni Arcas en España ni Coste en Francia logran salvar esta nueva y difícil época.

Mediados del siglo XIX encuentra a Europa en plena efervescencia romántica. El virtuosismo pianístico de un Liszt o las enconadas y ardientes polémicas que suscitaba el drama wagneriano acaparan completamente la atención de una sociedad ávida de grandes emociones. El efectismo y el exhibicionismo están a la orden del día y un arte como el de la guitarra, hecho para la intimidad y sobrio por naturaleza, no es por cierto un buen competidor ni un atractivo que contrarreste la corriente imperante.

En estos momentos verdaderamente cruciales e inciertos para el porvenir de la guitarra, España nos da, parecería que en un heroico esfuerzo por salvar a un arte tan compenetrado con su propia idiosincrasia, a quien iba a ser, pocos años después el creador auténtico de la escuela contemporánea. Su nombre: Francisco Tárrega. En Villarreal, una localidad muy cercana a Castellón de la Plana, en la fértil llanura mediterránea, en noviembre de 1854 y en un modesto hogar nacía Francisco Tárrega. En la cercana Castellón a donde va el niño continuamente, recibe las que iban a ser sus primeras y rudimentarias lecciones. Allí deambula la popular figura de un guitarrista de pueblo, es el ciego Manuel González que todos conocen como el "Ciego de la Marina" quien muestra al niño los primeros secretos del instrumento. Enviado luego a Madrid por su mecenas Antonio Conesa, el joven ingresa en el Conservatorio Nacional de Música. Una vertiginosa carrera lo hace ganar los primeros premios de piano y de armonía en las clases de Gagliana y Hernando. Poco después de finalizados sus estudios y en un concierto dado casi ocasionalmente en el teatro Alhambra de Madrid, causa una gran revelación que le abre milagrosamente las puertas del éxito. Efectivamente, hace una gira triunfal por toda España y luego se aventura a los países vecinos.

Pero Tárrega debe luchar en una atmósfera hostil hacia la guitarra y es muy difícil y muy grande volver ese arte al sitial perdido. Con grandes sacrificios logra imponer de nuevo la resurrección de la guitarra en España y en Europa en general y elevarla otra vez de lo popular a lo culto.

Su vida es desde entonces un apostolado artístico y deja a un lado ambiciones de fortuna y de gloria para darse solamente a su arte y a él se consagra con verdadera pasión. Es así que obtiene en 1881 sus grandes triunfos en el teatro Odeón y en la Sala Pleyel de París y sus actuaciones en el Palacio de la ex reina Isabel II y en el de los Barones de Roschild. Pasa a Londres, Niza y Montecarlo y siempre en carrera ascendente se radica en Barcelona por algún tiempo donde actúa también junto con Albéniz en un concierto. En 1897 vuelve a París y luego a Bruselas y a toda Italia ya en la cúspide de su arte.

Tárrega descubrió, en su afán de estudioso, una enormidad de recursos de sonoridades, de timbres y de efectos que multiplicaron todas las conocidas y alcanzadas posibilidades de la guitarra; además, su innovación no depende tanto de la yema o de la uña en la pulsación, sino de las nuevas posiciones que él encontró para la mano y los dedos.

Así logró una técnica perfecta que unida a una innata musicalidad hicieron de él un auténtico maestro. Su obra está sumamente llena de color local, habiendo hecho cantidad de transcripciones de Bach, Handel, Mozart, Beethoven y Schubert y especialmente de todos los españoles. A pesar de morir en la plenitud de sus facultades, a los cincuenta y cinco años, el 15 de diciembre de 1909, dejó un elevado y notable conjunto de discípulos. Entre ellos se encuentran Llobet, Pujol, Fortea, Pepita Roca y Josefina Robledo.

Es así cómo a través de Sors, Aguado y Tárrega renace en España la música guitarrística y sus intérpretes, sitial que desde ahora se conservará definitivamente.

Susana SALGADO GOMEZ

(Especial para EL DIA)



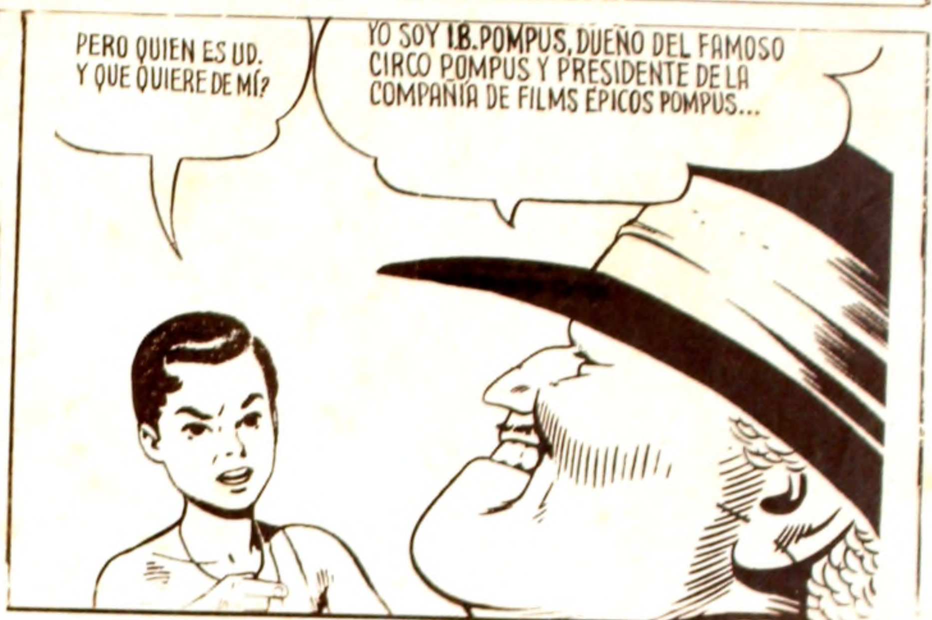
Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

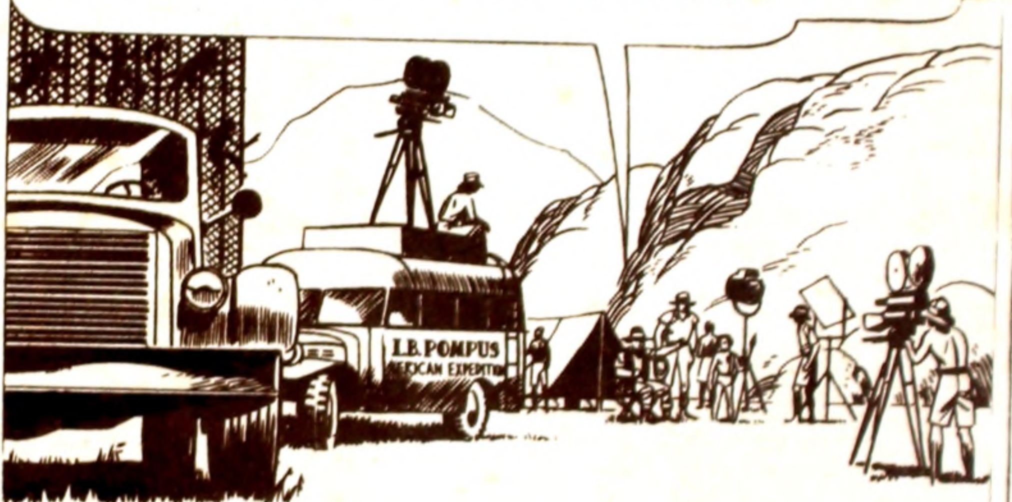
















para

PRIMAVERA Y VERANO

finas confecciones para damas presentan nuestras 3 casas.



1 - Dos piezas en lino fantasía, moderno cuello con detalle de botones y falda tubular. Talle 52 $ 71.00, talles 46 al 50 **$ 65.00**

2 - Novedoso ve[illegible]o en popelina satinada, falda en tablones y ancho cinturón que da realce. Talle 52 $ 82.00, talles 46 al 50 . . . . **$ 75.00**

3 - Fina creación realizada en piqué bordado, escote redondo y pollera con tablones sin planchar . . . . **$ 125.00**

4 - Primaveral vestido en satin de algodón estampado, manga corta y ancho cinturón con detalle de moña **$ 130.00**

5 - Tailleur realizado en shantung de hilo, es de linea clásica, que luce siempre elegante. Talles 52 y 54 $ 104.00, talles 46 al 50 **$ 95.00**

6 - Modelo de vestir con amplia falda, presentado en popelina satinada de modernos gustos **$ 90.00**

IMPORTANTE: Nuestras confecciones no sufren recargos por los arreglos que haya que hacerles.

●

CASA MATRIZ - Av. Agraciada 2302 - TELEF. 20 09 61

SUC. GOES - Av. Gral. Flores 2341 - TELEFS. 2 42 00 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON - Av. 18 de Julio 1601 - TELEF. 40 41 11

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas durante 10 horas al día en horario continuado de **9 a 19 horas.**

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V.
Lunes a las 20 hs. Grandes Atracciones — Martes a las 21 y 30 hs. Escenario de Variedades — Miércoles a las 20 y 25 hs. Las Grandes presentaciones de Atracciones Internacionales. — Sensacional presentación, jueves a las 22 y 50 hs. el Gran Show de las 3 Avenidas.

CAPURRO & Co